

Más allá de la fantasía

JUAN CENTENO



*A Marielena,
La mujer que más me ha querido.
Porque en tu espalda desnuda cabe todo el universo*

INDICE

Página

Prólogo autobiográfico de última hora

1. Más Allá de La Fantasía 6
2. El Tercer Botón 13
3. Valerio y Jane Fonda 19
4. Pancho Ñato 27
5. La Chayito 36
6. Historia de Rodrigo 43
7. El Ultimo Abrazo 50
8. Marilyn 53
9. Una Mujer Para Jacinto 56
10. Miradas que Matan 62
11. Fuga de San Joaquín 67
12. Amor por Correspondencia 72
13. El Viaje de Cupido 81
14. Traducción en Cuba 88
15. Los Caminos del Señor 94
16. Una Carta en la Basura 96
17. Las Cañitas 101
18. La Cura de la Rosita 103
19. El Examen 107
20. El Angel que cayó en mi Casa 109
21. Veinte años después 111
22. De paso por Tegucigalpa 116
23. Adefesio 118
24. Suicidio en La Habana 119

● PRÓLOGO AUTOBIOGRÁFICO DE ÚLTIMA HORA ●

En 1959 yo tenía dos años de edad. La verdad que es poco lo que podría recordar de esa época. Por lo que he sabido ya existía el Rock and Roll, la televisión, la Zaranda y la dictadura de los Somoza. La vida para mí era muy tranquila y yo me la pasaba disfrutando de los paseos y jugando a la guerra con mis primos en el Parque San Felipe sin saber lo que ocurría en el resto del barrio, de la ciudad, del país y del mundo.

En 1969 aún no había tenido mujer, me había enamorado de mi maestra de quinto grado, la señora Elvir. Era tan chavalo que no pude asistir a los tres días del festival de Woodstock. El año 2000 parecía tan lejano que hacían películas sobre cómo sería el futuro en ese tiempo. También había películas de Elvis, de Tarzán y de Pedro Infante. Por todas partes sonaban Los Beatles y en la escuela no era permitido peinarse como ellos. Por esa época aprendí a resolver binomios y descubrí la regla de las mujeres.

En 1979 aprendí que la guerra no era sólo el juego con los primos. Estudiaba en la universidad, me había enamorado como todos mis compañeros, de la bella instructora de laboratorio y todavía no había tenido mujer. Usaba el pelo largo y me sentía hippie. Aprendí canciones de Víctor Jara. Tenía pocos amigos. Prestaba huesos humanos para estudiar en casa y hacer bromas a mis vecinos. Entre los libros solía andar alguna literatura subversiva. Después vi morir en la guerra a muchos amigos de la infancia y empecé a vivir un sueño que terminó en pesadilla.

En 1990 ya trabajaba, me había enamorado, tenía mujer, hijos y responsabilidades. Aprendí a pagar impuestos como buen ciudadano. Hacía canciones, poemas y cuentos. Hasta tenía una bicicleta. Sin duda me iba bien finalmente. Anduve por Europa y aprendí modales básicos a la hora de cenar en casa de los suecos. Conocí los aeropuertos y las terribles comidas de las líneas aéreas, me asusté con el metro y las puertas con sensores. El año 2000 estaba a la vuelta de la esquina con un poco de ciencia ficción.

En 2000 descubrí la política surrealista nicaragüense. A estas alturas, he visto terremotos, erupciones, guerras, maremotos, huracanes, elecciones, deslizamiento de moneda y otras desgracias similares. Así llegó este año acompañado de todo tipo de augurios e incertidumbres, con premoniciones espeluznantes por todos lados.

En 2012 muchas historias se han repetido. Ya pasa por mi mente la posibilidad de la jubilación, esa etapa de la vida para estar al fondo de la casa haciendo cualquier cosa. Aún escribo historias y canciones. Estoy huérfano y no obstante, a Dios gracias todavía me asalta una emoción infinita cuando percibo en la naturaleza al sol que se sumerge sereno en el horizonte, al silencio traspasado por la nota clara del violín o las piernas de una mujer que va dejando sus huellas en la arena.

Por tal razón, en estos momentos cuando Usted está terminando de leer este prólogo siéntase invitado a leer todo lo que viene después, crónicas, relatos y cuentos, algunos llenos de fantasía, de realidad o simplemente de mis escasos recuerdos.

Juan Centeno
Septiembre/2012

MÁS ALLÁ DE LA FANTASÍA

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus
[cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres
[que no sueñan
y el que huye con el corazón roto encontrará por
[las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna
[protesta de los astros.

(FEDERICO GARCIA LORCA)

Los pájaros grises bajaron a la misma hora y se dieron a la tarea de comer las migas que Archibaldo solía dejar en la ventana. Después empezaron a picotear insistentemente el cristal, hasta que el único habitante de aquel reducto solitario fue abriendo los ojos. Los visitantes eran dos pájaros urbanos, que en cierta ocasión se separaron del grupo, cuando volaban hacia alguna parte y se quedaron a vivir por estos lados. Con los ojos una vez abiertos, el cuerpo se le fue estirando entre las sábanas hasta llegar al último bostezo. Frotándose los ojos se sentó en el borde de la cama, mientras sus pies ciegos buscaban acomodarse las viejas pantuflas. Entonces estiró los brazos por última vez. Cuando estuvo bien despierto se dio cuenta que era su día de aniversario y con entusiasmo se dirigió a desamanecer los sueños en el lavamanos. Los únicos testigos de la rutinaria ceremonia matinal, además de los pájaros urbanos, eran decenas de recortes de revistas y periódicos pegados en las paredes de su habitación.

Había artistas de Hollywood, personajes políticos, presidentes de países lejanos, deportistas destacados, funcionarios de gobierno, asesinos famosos, cantantes inmortales, papas celestiales y otras

importantes figuras de la época; entre otras, Marilyn Monroe con sus ojos a medio cerrar; Gardel con su limpia sonrisa de vaselina; Mickey Mantle cruzando la pelota fuera de la barda; Chaplin triste, sentado en la acera de la calle lúgubre; los Hermanos Wright, desafiando a la gravedad; y otros tantos héroes que poco a poco iban adquiriendo un tono amarillento al paso del tiempo.

Archibaldo regresó del baño y observó extasiado el traje que desde el día anterior había dejado cuidadosamente colgado en la pared. De arriba hacia abajo, recorrió con la mirada todos los detalles de la ropa que había de lucir en este día especial; cuando llegó hasta el ruedo del pantalón miró los zapatos puestos en el piso; daba la impresión de ser un cuerpo descansando sobre la pared, justo delante de donde Kennedy saludaba a la multitud.

Cuando terminó de vestirse frente al espejo fue a la ventana y observó la ciudad. Le pareció una ciudad eterna tan común por todos sus costados, respirando fábricas y autobuses. Llegó a la conclusión de que vivía en una pobre gran ciudad. Con un gesto amable se despidió de todos sus amigos de la pared, tomó sus papeles y se fue con rumbo al trabajo.

Tomó el autobús en el mismo lugar, junto a los mismos pasajeros con sus mismos rostros indiferentes y perdidos cada uno entre sus mismos pensamientos.

Todos se percataban si un forastero subía al autobús o denotaban la ausencia de un compañero de viaje. Nadie hablaba en el trayecto, únicamente se miraban a las caras descubriéndose secretos unos a otros. A la vuelta de cada esquina los pasajeros se adelantaban a adivinar los nombres de las tiendas, la presencia de los propietarios arreglando la fachada de sus negocios, la posición de los árboles, los colores de las paredes, los anuncios, los escaparates. Era un juego divertido, que ninguno se atrevía a confesar en medio del silencio de aquel recorrido cotidiano. Veinte años no es nada, evocó a Gardel en medio de la vertiginosa sucesión de pensamientos. Cuánto tiempo había visto subir a ese autobús a tanta gente. Había visto a mujeres embarazadas, luego a esas mismas mujeres cargando a sus niños

y ahora esos niños habían crecido y eran nuevos pasajeros. En la parte de atrás, Archibaldo también procuraba mantener limpios sus zapatos mientras llegaba el momento de su parada final.

A las diez menos quince Archibaldo daba un sorbo melancólico al café mientras seguía recordando que precisamente ese día cumplía veinte años de laborar como contador en la empresa. Había cambiado: el viejo reloj seguía en la pared inundando con su tic tac toda la jornada; un calendario de 1940 que nunca tiró a la basura porque tenía motivos religiosos y él respetaba por si acaso; había más papeles y libros que entonces, y ahora él como todo hombre respetable, usaba anteojos. Fue recordando a sus compañeros de trabajo de todo este tiempo: Unos, ya viejos y cansados, continuaban inmersos en los escritorios de otras oficinas; otros pasaron a retiro, siendo condenados con su jubilación a entretener a varias generaciones de nietos. Su memoria los fue repasando uno por uno, hasta detenerse de golpe cuando pensó en Irma. Recordó el primer día que ella llegó a la empresa, era una jovencita sencilla y con algunas pecas, parecía salida de la iglesia en su primera comunión. Recién graduada del colegio de secretarías, logró un empleo en la compañía bajo la tutela de uno de los influyentes accionistas. En esa época casi nadie se fijaba en ella, menos aún en sus delgadas y rectilíneas piernas, cubiertas por una larga falda que caía tímidamente sobre sus zapatos de niña. Muy pronto Archibaldo fue abriendo su puro corazón a un sentimiento que nunca logró expresarle hasta que, pasados los años, Irma se fue volviendo esbelta y provocativa, se deshizo de cuanto principio conservador aún albergaba su espíritu. De la misma manera que fue ascendiendo de cargos, iba también subiendo el borde de su falda, hasta llegar a extremos censurables que imposibilitaban el sano desenvolvimiento de los viejos empleados. Poco tiempo después se convirtió, para desgracia de todos en la amante número uno del gerente. Archibaldo ahogó su pasión entre los libros y documentos que llenaban el sagrado recinto de su trabajo.

En una ocasión, después de pensarlo treinta y cuatro días con sus noches y arriesgándose a un desaire, le envió un enorme

ramo de rosas, pero a última hora, en un ataque de indecisión, optó por retirar la tarjeta del ramo para evitar que ella le descubriera. No obstante, Irma fácilmente llegó a darse cuenta de aquella pasión cuando en varias ocasiones entraba a la oficina pidiendo algo prestado y sentía los ojos de Archibaldo que recorrían su cuerpo. Para ella no era una sensación nueva, ya que sabía de las diversas reacciones que era capaz de provocar, pero los ojos de Archibaldo irradiaban una energía distinta e inexplicable. En cierta ocasión fue a su oficina para hacerle punta a un lápiz, entró con su breve saludo y solicitó el artefacto. Archibaldo, sin pronunciar palabra indicó con un gesto amable que procediera, y mientras Irma hacía girar el sacapuntas de espaldas a su compañero de trabajo sintió otra vez esa misma sensación, pero esta vez experimentó un cosquilleo agradable en los tobillos, entonces dio la vuelta para decir gracias y se percató que Archibaldo observaba con detenimiento esa región anatómica ahora al descubierto. Irma se retiró y Archibaldo corrió a cerrar la puerta para no dejar escapar el aire perfumado que quedaba en la estancia.

Día tras día él evocaba sus fantasías, en las cuales imaginaba a Irma besándolo apasionadamente mientras le confesaba que lo amaba desde siempre. A veces dibujaba sus sueños en lo alto de una colina, con la hierba estremecida por un viento suave, o abrazando a su amada sentados en un peñasco salpicado por la brisa del mar. Cada día, a la hora del café, inventaba una fantasía distinta, que duraba hasta el último sorbo. Después de tantos años, las fantasías comenzaron a repetirse en la mente de Archibaldo. El ni siquiera se daba cuenta y no importaba. Así terminaban los momentos maravillosos de la religiosa hora del café, para después continuar sumergido en su oficina, haciendo números hasta el fin de la jornada.

Aquella agitada mañana de aniversario Irma se dio cuenta que el gerente tenía nueva amante. Había peleado con él desde temprano y a la hora del café sintió de nuevo los ojos de Archibaldo por todos sus poros. Le vio sentado en el mismo lugar que él había escogido desde hacía veinte años, la misma mirada, la misma forma de sentarse, pero hoy llevaba un traje especial para la ocasión. Quizá viéndolo detenidamente podría resultar atractivo

a los ojos de Irma y del resto del personal femenino. Por la cabeza de Irma cruzó lentamente un pensamiento loco. La posibilidad de llevar a cabo una venganza amorosa con ayuda de Archibaldo le entusiasmó profundamente. De inmediato inició su plan, sonriendo con discreción a su eterno enamorado, quien desde el rincón de la sala disfrutó de aquella sonrisa de cumpleaños, entre sueños y evocaciones a lo largo de seis tazas de café.

Al medio día, Irma solicitó a Archibaldo que le ayudara a preparar unas cuentas y acordaron hacerlo unos minutos antes de las cinco de la tarde.

Las horas pasaron vertiginosamente y Archibaldo esperó con nerviosismo la llegada de su amada. Después de algunos cálculos matemáticos, se percató de que en muchos años no había contado con una oportunidad tan providencial para dejar escapar sus sueños y manifestar todas sus emociones a quien por mucho tiempo le había robado el sosiego y la tranquilidad espiritual a su alma de buen católico. Apresuradamente se había decidido por una declaración de amor en medio de la oficina. Sacudió las alfombras, reacomodó los cuadros y el viejo calendario de 1940, y después colocó los floreros, las sillas y los escritorios en los sitios más convenientes para tal circunstancia. Le confesaría su mágico amor y enseguida se delataría de ser el autor de tantos mensajes anónimos de amor, incluyendo las rosas que le enviara años atrás. Finalmente le pediría que hiciese realidad la fantasía de un cálido beso entre sus brazos. Después seguirían prolongadas caricias, mientras la cabeza de Irma no tendría más remedio que sumergirse en las turbulentas aguas de su pecho.

Cuando los primeros empleados partieron a sus casas con sus caras de final de día, Archibaldo vio aproximarse la silueta de Irma tras el cristal de la puerta. Ella penetró en la oficina donde Archibaldo esperaba con sus manos sudorosas; todo quedó impregnado de una fragancia, la mezcla de perfume y olor a mujer. La sonrisa de Irma desconcertó a su víctima. Este se levantó aprisa y cerró la puerta, ella se sentó suavemente y permanecía con la pierna cruzada como péndulo. Ni en ese momento ni en otro se acordó de las cuentas.

Entonces Archibaldo se fue acercando, le miró a los ojos, y en un segundo infinito vio crecer a la muchachita recién venida de la iglesia, hasta transformarse en la mujer de carne y hueso que tenía enfrente. Por un momento sintió el temor de que esa figura no fuese real. Quizá, al aproximarse a ella, sus dedos atravesarían su cuerpo sin tocarla. El calor de la cercanía le despejó sus dudas, le tomó las manos y casi de rodillas le pidió el beso que haría realidad su fantasía. Ella lo tomó de la corbata, le quitó los anteojos y acercó lentamente su boca hasta fundirla con la de él. Cuando separó sus labios, Archibaldo pensó que su fantasía estaba al fin cumplida. Entonces ella inició el inesperado y mágico ritual de desvestirse frente a la mirada incrédula del contador. Se irguió imponente, con sus senos al aire, mientras la última prenda caía sobre el escritorio. Instantes después el cuerpo de Irma sobre Archibaldo terminaba con la inútil y consagrada virginidad de tantos años. Cuando terminaron de hacer el amor, Archibaldo quedó tirado en el piso como muerto. Irma se vistió con pereza y satisfecha abandonó la oficina dejando la puerta abierta, para dar evidencias de su venganza. Archibaldo se levantó con una inmensa felicidad y observó que los papeles volaban por el aire formando líneas curvas, ante sus ojos pasaron contratos, memorandos, actas, facturas y reportes de todo tipo. Los libros aplaudían a su héroe, el sacapuntas afilaba extrañas notas musicales. Los lápices se lanzaron contra el reloj en la pared y clavándose entre las agujas detuvieron el tiempo. Entonces Archibaldo bailó desnudo, dando saltos de alegría. Luego se dirigió a la ventana de aquel octavo piso, saltó y se perdió volando en el atardecer.

El último empleado en salir vio a Archibaldo lanzándose al vacío y corrió gritando que este se había suicidado. La oficina quedó en absoluto desorden, papeles tirados por todas partes, objetos fuera de lugar. Era como el escenario de una batalla final. Lo último en moverse fueron unos papeles que cayeron al piso empujados por una corriente de aire y las hojas de la ventana mecidas por el viento de aquella tarde.

Archibaldo no regresó a la oficina y tampoco encontraron el cadáver del suicida, los pájaros grises no encontraron más migas ni a nadie para despertar. Algunos echaron de menos a Archibaldo en el autobús y a la hora del café. Nunca se supo más de él porque ese día que cumplió veinte años de laborar para la empresa, Archibaldo había ido más allá de sus fantasías.

EL TERCER BOTÓN

La aeromoza llegó atenta con el café sobre una bandeja. El profesor Gutiérrez le dio las gracias, tomó un sorbo y reclinó su cabeza al espaldar del asiento. Todavía no podía creer que estaba volando a México a realizar un curso de Administración de personal como compensación a sus años de trabajo en la universidad. A su regreso tendría que organizar un curso similar para el resto de profesores de la facultad. Nunca había estado en México y la verdad es que en tantos años de ser profesor no había viajado tan lejos. Dio otro sorbo al café. Le preocupaba no dar la talla a la hora llegada. Qué pensarían sus alumnos si llegara a reprobar... Trató de alejar esas dudas de su cabeza y para distraerse hizo un recuento mental de las cosas que traía en su maleta: agenda, colonia after shave, máquina de afeitar, reloj despertador, medicamento para la hipertensión, pasta dental, cepillo...

Cuando anunciaron el arribo se asomó a la ventanilla y observó las luces de la ciudad. Eran las diez de la noche. Pasó sin problemas los trámites del aeropuerto y se dirigió en busca de un taxi. El bullicio era sofocante. Mostró el papel con una dirección al primer taxista que le salió al paso, en unos minutos iba recorriendo las calles de la urbe azteca. En el trayecto intercambió frases cortas con el amable conductor. ¡ Llegamos ! le dijo, Edificio C-24 Calle Francisco Miranda Delegación Alvaro Obregón. Entonces esperaron mientras bajaba alguien a abrir la puerta principal del edificio. Al rato apareció un tipo recio, de espesa barba y lentes gruesos. Soy Carlos, le dijo presentándose y en tono amigable le dio la bienvenida. El hombre del taxi se despidió mientras se oían voces que se comunicaban por el radio del vehículo. Entraron al apartamento, el profesor Gutiérrez se acomodó los lentes para guardar la primera impresión del lugar. Vio hacia los rincones, le pareció frío, húmedo y algo pequeño, con cosas puestas por todas partes que obstaculizaban el desplazamiento.

Había adornos antiguos, reliquias, santos tallados en madera, fotos amarillentas del tiempo de Emiliano Zapata... Carlos le mostró el cuarto y le ayudó con la maleta. El profesor Gutiérrez tuvo la sensación que su casero hacía juego con la habitación. Guardó sus pertenencias en el closet, dejó listo el despertador y se acostó... antes de apagar la luz vio que desde el techo lo observaba una imagen del corazón de Jesús. Buenas noches.

A las siete y cincuenta de la mañana ya estaba listo. Frente al espejo daba los últimos toques a su figura. Terminó de ajustar la corbata y se aseguró que el saco azul marino no tuviera ninguna mancha o pelusa que le bajara puntos. Tomó su maletín y el llavero del cual colgaban las 9 llaves para poder salir y dejar el apartamento a buen resguardo. A esa hora no había nadie más, así que se despidió de todos los santos que lo miraban y salió. Faltaban cinco minutos para la apertura del curso pero no le importaba, al fin que sólo caminaría una cuadra y estaría en el Instituto de Administración Pública. Entró al salón y se vio obligado a saludar a más de veinte desconocidos, luego tomó asiento y decidió esperar los acontecimientos. A las 8 en punto una hermosa mujer irrumpió en el salón de clases y se presentó como la coordinadora del curso. El profesor Gutiérrez la miró de pies a cabeza, llevaba unas botas que casi alcanzaban sus blancas rodillas, una minifalda por donde bajaban dos columnas de mármol que sostenían su cuerpo majestuoso. Le llamó la atención sus ojos amarillos y la camisa varonil ajustada y abotonada desde el tercer botón, dejando libre gran parte del horizonte de su pecho, un punto intermedio para dejar volar la imaginación sin llegar a mostrar mucho.

Bueeeeeenaass !!!!! -dijo aquella aparición – Soy Mirtha.

Saludó a todos y después pidió a los participantes que se presentaran. Cuando llegó el turno a nuestro amigo, respiró profundo y dijo: Soy Rubén Gutiérrez de Nicaragua.

Luego ella explicó el contenido del curso y la metodología. Siempre sonreía y la dulzura se desbordaba en sus palabras. El profesor Gutiérrez sintió un cosquilleo en su alma solitaria. Esa noche se acostó pensando en aquella mujer.

En los días siguientes el profesor Gutiérrez se esmeraba en su apariencia. Entraba al salón y acomodaba el saco azul marino en el espaldar de su silla. Siempre puntual, aparecía la profesora. Sonriendo, saludando y mostrando el tercer botón de su camisa, que era el primer guardián de lo que llevaba en su pecho. Seguro tenía una colección de esas camisas, que al fin y al cabo no era necesario ponerles ni el primero ni el segundo botón, pues ella se descubría hasta ese punto de su geografía.

No omito manifestarles cuántos pensamientos cruzaron por el corazón del profesor Gutiérrez; esa distracción amenazaba su rendimiento académico. No obstante, una noche escribió un poema con el fin de introducirlo en

el bolso de la profesora a la hora del receso. Esperó nervioso el momento justo y con el corazón acelerado deslizó suavemente el papel doblado con los versos. La mujer que le robaba el sosiego continuó después la sesión de clases. El se sentía culpable de hacer cosas que ya no eran aceptables para su edad. Salió del salón y fue al baño. Se vio al espejo y tuvo ganas de correr a retirar el papel, pero ya no podía.

Esa noche, Mirtha leyó:

ANGELES

Allá por las orillas del cielo,
Cuando los ángeles comienzan a
Crecer, suelen hacer travesuras,
Se meten curiosos en los rincones
Del universo y preguntan cosas
Sobre el amor y los sentimientos.
Algunos bajan a la tierra
Convertidos en una mujer con
Cara de ángel, tocan el pecho a
Los mortales e incendian las
Almas de nosotros, los condenados a
Amar en silencio sin poder
Hacer nada más que dejar escapar
Como a una paloma cautiva este
Poema
Desesperado.

Rubén Darío Gutiérrez.

En su apartamento, el profesor Gutiérrez pensaba en las posibles reacciones de Mirtha ante su poema. Dejó de pensar en ella, cuando vio entrar desnudo a su cuarto a Carlos el casero; se asustó al ver aquel enorme cuerpo encorvado ofreciéndole una manzana, pensó que aquello podría ser alguna insinuación y rechazó el ofrecimiento, pidiendo a Carlos que abandonara el cuarto pues tenía que dormir, acto seguido enllavó la cerradura y puso una vieja máquina Singer contra la puerta. Se tiró a la cama, vio a Jesús en el techo y apagó la luz.

Al día siguiente las cosas transcurrieron con normalidad. El profesor Gutiérrez entró al salón; puso el saco sobre la silla y se sirvió un café.

Mirtha, inició su conferencia sobre el equipo superior y todo adquirió la rutina de los otros días. Nada especial vino después. El profesor Gutiérrez sintió que su poema había sido ignorado y se arrepintió de aquel impulso del corazón. Desde ese día se dedicó a preparar su examen sin pensar en otras cosas.

La clausura del curso fue muy emotiva. Habían pasado cuatro semanas y la proximidad de la despedida inyectaba a todos una sensibilidad extrema. El profesor Gutiérrez pasó al frente a recibir su diploma de manos de Mirtha. Fue su única oportunidad para dar un beso a la mujer que lo había trastornado. Se acercó ... y cuando puso sus labios sobre la mejilla blanca de Mirtha, aspiró profundo con los ojos cerrados, tomó el diploma y regresó a su asiento.

En la noche del siguiente día, entraba a su casa en Nicaragua. Nadie lo esperaba. Encontró todas las cosas en su lugar. Desempacó y puso la fotografía de los participantes del curso sobre el comedor, sujetándola con unos ceniceros que nunca había utilizado. Miró a sus compañeros y quiso fijar esas caras para siempre. No pudo evitar una sonrisa cuando pasó la vista por cada uno de ellos y fue recordando las vivencias en México. Se tiró a la cama y esta vez no miró a Jesús en el techo... se quedó dormido antes de apagar la luz.

Un año después, nada especial acontecía en la vida del profesor Gutiérrez, hasta que una noche, al regresar exhausto de un acto oficial de la universidad, entró a la casa, puso el saco azul marino sobre una silla y buscó un papel para anotar sus actividades del día siguiente. Arrancó una hoja de un viejo calendario e introdujo su mano en el saco azul marino buscando su pluma, revisó todos los bolsillos pero no encontró nada, solamente un papel doblado y perfumado que tenía algo escrito. El profesor leyó:

“Te espero en mi casa este sábado para cenar,
después escuchamos a Manzanero
y que sea lo que Dios quiera”

Mirtha

El profesor dirigió la mirada a la foto del curso en la pared, vio a Mirtha sentada al centro, con sus manos juntas y las piernas cruzadas, sonriéndole como siempre. Entonces apagó la luz y se tiró sobre la cama.

VALERIO y JANE FONDA

Valerio, según cuenta él mismo, nació en Chinandega en una finca situada en las faldas del volcán San Cristóbal. Era un paraíso terrenal donde abundaban todas las frutas del trópico: jocotes de varias especies, mangos mechudos, de rosa, lisos, papaya; también había zapotes, mameyes, talchocotes, nísperos, caimitos, guanábanas, fruta de pan, anonas, carao, aguacates, nancites, limón agrio y dulce, mandarinas, mamones. Había también un platanal, guineos cuadrados, bananos, pipianes, ayotes, y hasta un plantío de caña. Como todas las fincas, tenía un pozo con su brocal y una gran pila al lado donde el ganado llegaba a aguar. No podían faltar las gallinas, los chanchos, bueyes, caballos y yeguas. Y más allá al fondo... una carreta descansando.

Ese era el ambiente que compartía junto a sus hermanos, cuatro mujeres y seis varones. Todos a cargo de su madre, ama de casa que poseía un envidiable acervo cultural no tan común por esos lados. Cada día, después de la faena del campo, se juntaban a la hora de la cena, luego seguía el cotidiano ritual de rezar un larguísimo rosario. Pero las cosas no terminaban ahí, ya que después, bajo la luz de una lámpara de carburo, la madre de Valerio se dedicaba a enseñarles a leer y escribir, así como los fundamentos de la aritmética. Los hacía practicar la lectura en Las mil y una noches, El mártir del Gólgota y La Biblia.

A los siete años, Valerio recibió de su madre la noticia de que iría con dos de sus hermanos a la escuela de Chichigalpa, el pueblo más cercano. Con ese fin eran transportados por Don Marquito, un señor que tenía una carreta que a diario llevaba pichingas de leche a ese lugar, él los pasaba recogiendo a las tres de la mañana. El amanecer los descubría viajando por caminos naturales hechos por las correntadas que hacían las lluvias en cada invierno. A mediados de año, Valerio fue promovido al tercer grado ya que iba muy adelantado por las enseñanzas de su madre. Tuvo tan buen suceso que recibió un diploma hecho a mano por el maestro Don Salvador Villanueva, quien además de profesor graduado era veterinario, dibujante y pintor. Al año siguiente ya estaba en cuarto grado, del cual pasó directo hasta el sexto. Después, mediante un concurso para seleccionar al mejor alumno de primaria del país se ganó una beca para estudiar bachillerato y magisterio en la Escuela Normal de Varones de Jinotepe “Franklin Delano Roosevelt”, de donde salió graduado a los quince años de edad.

Todavía Valerio ignoraba las sorpresas que la vida le reservaba para el futuro.

Posteriormente, trabajó en Managua. Impartía clases de día mientras estudiaba por la noche para especializarse en maestro de Matemáticas en la Facultad de Ciencias de la Educación. Sin lugar a dudas, ya había abandonado el ambiente del campo y se estaba convirtiendo en hombre de ciudad.

Por aquellos días, el entonces rector de la universidad de León, Doctor Carlos Tunnerman, solicitó la selección de los mejores alumnos para aplicar al programa de becas del Latin American Scholarship Program for American Universities, ya que urgía la formación de la escuela de Ciencias en León. Era el año 1965 cuando Valerio Hernández Mayorga fue escogido junto con cinco participantes para viajar a los Estados Unidos a la gran aventura de estudiar la carrera de Matemáticas.

Tal y como Valerio me lo ha expresado en varias ocasiones, la década de los 60 fue la época de los grandes movimientos y cambios sociales. En América Latina, dio inicio el período revolucionario en Cuba al mando de Fidel y sus rebeldes. A Norteamérica llegaba el fenómeno de Los Beatles, crecía la leyenda de Elvis Presley, las caricias musicales de Los Platters y Paul Anka, el calor de los “Hot Pants”, y acontecimientos como el asesinato de John F. Kennedy y su hermano Robert, el atentado y muerte de Martin Luther King y la desaparición de la diosa blanca de Hollywood, Marilyn Monroe. Vio a los hippies en sus luchas por la igualdad, la paz y el amor; así como las protestas contra la guerra que hizo Estados Unidos a Vietnam y que perderían finalmente los gringos, también se emocionó con el alunizaje de Neil Armstrong, astronauta que tuvo que contar con un permiso para alunizar, otorgado por un chileno que había registrado ante un juez que la luna era de su legítima propiedad. Para entonces ya había escuchado un poco sobre una actriz famosa que apoyaba las luchas sociales y cuyo nombre jamás olvidaría: JANE FONDA.

A la par de los estudios, Valerio tuvo asignaciones de dirigente estudiantil al ser representante de los alumnos procedentes de América Latina. Participaba en la organización de encuentros culturales donde los hispanos mostraban a los estudiantes de Norteamérica las tradiciones de sus países. Esta tarea resultaba agradable, pues Valerio se jactaba de ser un buen representante de América Latina pues proclamaba que su rostro poseía la rúbrica indo hispana. Integró además el equipo de Fútbol de la Universidad de Heidelberg en Tiffin, Ohio, y se hizo miembro de la Fraternidad Alpha Phi Tau, agrupación de estudiantes dedicados a las ciencias. Para entonces ya había asimilado las reglas del juego del gran país del norte.

Durante su estadía hizo muchas amistades, entre ellas, Dennis Fenwick, un senior del último año quien había vivido algún tiempo en países de América Latina trabajando para la Peace Corps, fue de sus primeros amigos pues Fenwick hablaba un poco de español. También conoció a Gregory Bigus, un campeón de lucha libre, y que igual que Valerio era de baja estatura. No obstante, entre sus recuerdos ocupa un lugar especial su amigo y profesor William F. Steele, gran jugador de baloncesto y Allan G. Mackenzie, de quien recibiría no sólo las enseñanzas de las matemáticas sino de la poesía y el teatro.

El año 1969 trajo grandes acontecimientos para la sociedad norteamericana. A la par del alunizaje que puso al primer hombre en la luna, los disturbios y las protestas por la guerra de Vietnam se acrecentaban cada día. En agosto de ese año se realizó el más grande festival de música rock de todos los tiempos, el festival de Woodstock, donde destaca el leonés José Chepito Areas con la agrupación de rock latino, Santana. Un año después, la historia de la música moderna registraría con tristeza la desintegración del grupo más famoso del siglo XX: Los Beatles.

Para 1970, Valerio estudiaba en la Kent State University, una de las universidades más pobladas de Ohio y de los Estados Unidos. La KSU contaba con una beligerante dirigencia estudiantil y sindical que a principios de Mayo de ese año decretó una de las más recordadas huelgas de su historia. Entre las principales motivaciones de los estudiantes estaba llamar la atención del presidente Nixon, sucesor de Lyndon B. Johnson, ante su política belicista y su deseo de arrasar con Vietnam del Norte. Un mes atrás, Nixon había anunciado el envío de tropas a Cambodia con el fin de eliminar el abastecimiento a Vietnam. La huelga se había preparado cuidadosamente, tomando en cuenta los posibles enfrentamientos de carácter policial, psíquico, económico y por supuesto político. Toda la vida universitaria estaba paralizada. El campus de la KSU fue construido fuera de la ciudad, razón por la cual era necesaria la utilización de muchas unidades de transporte, las cuales también estaban paralizadas. Había un fervoroso ambiente de huelga. Los estudiantes, Valerio entre ellos, tenían el control sobre las actividades de la universidad. Cada tarde se hacía un meeting en el estadio de Fútbol para mantener en alto los ímpetus de los universitarios. A esta actividad se sumaban grupos de pacifistas, hippies, poetas, grupos organizados de minorías raciales, pandillas en motocicletas, intelectuales, músicos y artistas en general. Este meeting terminaba con el coro gigantesco de la multitud que entonaba We shall overcome, y la inevitable All we are saying... is Give peace a chance.

Una de esas tardes, sentado en las gradas del estadio, Valerio vio con asombro la llegada de decenas de motocicletas que giraban en círculos; eran los Black Panthers, una de las pandillas motorizadas más temidas de los EEUU, cuya única filosofía era estar en contra del Establishment. Tenían una apariencia que atemorizaba: chaquetas de cuero, collares, largas barbas, botas vaqueras, mirada agresiva; en su mayoría eran tipos fornidos y usaban lentes oscuros. Siempre viajaban en grupo. La visita de los Black Panthers además de ofrecer su solidaridad a la huelga, era para servir de escolta a la bella y polémica actriz Jane Fonda, quien también llegaba a apoyar la huelga.

Jane Fonda había obtenido notoriedad por dos grandes razones. Primero, por pertenecer a una familia de actores de gran éxito, su padre Henry Fonda había hecho el camino para la cosecha de muchas victorias en el ámbito Hollywoodense. También su hermano Peter se destacaba en la pantalla grande. Jane era la menor y habría de ganar dos premios Oscar años después. Segundo, era una radical opositora a la política exterior de su país, así lo manifestaba en cualquier sitio donde tenía la oportunidad. Tenía muchos enemigos políticos a raíz de su visita a Vietnam, quienes consideraron que había cometido un gran error al aceptar ser filmada saludando a soldados vietnamitas, su foto donde aparecía sonriente sobre una pieza antiaérea del país enemigo fue publicada en los diarios de toda la unión americana. Ahora, ella llegaba a la Kent S. University a patentizar su basta ya a la guerra contra Vietnam.

Valerio bajó a toda prisa para acercarse a la multitud que rodeaba a la actriz. Jane fue aproximándose a los estudiantes huelguistas a quienes saludaba con frases de aliento. Valerio tomó un lugar en el trayecto por donde pasaría la actriz. No me imagino cuantas cosas pasaron por su cabeza en ese instante. Poco a poco la vio acercándose. Los Black Panthers caminaban detrás. Ella seguía saludando y avanzando. Valerio esperaba su turno con el corazón acelerándose. La distancia se fue acortando. Segundos después estaban frente a frente. El muchacho que creció en las faldas del volcán San Cristóbal tenía a pocos centímetros a aquella gran mujer. Sus ojos la observaron desde los pies a la cabeza. Miró que Jane traía una chaqueta de cuero negro semiabierta y que a tras luz se asomaban unos sonrosados pechos que su mente joven y latina transformaron en el mejor de sus sueños. Un impulso extraño y misterioso los fue acercando. Entonces Valerio depositó suavemente sobre la mejilla derecha un inesperado beso. Cerró los ojos. Todo fue silencio. La gente a su alrededor parecían sombras que se desplazaban lentamente. Aquellos segundos quedarían eternamente

en el recuerdo de aquel muchacho de 23 años. Cuando se apartaron, Jane miró fijamente a los ojos de aquel rostro de rúbrica indo hispana. Se alejó desconcertada y continuó saludando. Unos metros más adelante volvió la vista y observó al muchacho que petrificado seguía contemplándola.

El 4 de Mayo de 1970, las tropas de la Guardia Nacional de Ohio abrieron fuego sobre los estudiantes de la Kent. Cuatro estudiantes murieron y muchos resultaron heridos.

Semanas después de esta masacre, Valerio se casó con la norteamericana Marie Alice Zeller Chaly, con quien procreó cuatro vástagos anglosajones que también hoy en día muestran orgullosos la rúbrica indo hispana que heredaran de su padre.

Varios meses después, regresó a Nicaragua con todo y familia y se incorporó como profesor a la Escuela de Ciencias, ahora convertida en facultad. Marie Alice impartió clases en un colegio religioso de la ciudad y posteriormente regresó a Estados Unidos con sus hijos, en los momentos que se avizoraba el inicio de la guerra contra Somoza. Luego vinieron los años ochenta y Valerio se vio imposibilitado de reunirse nuevamente con ellos. Años más tarde, Valerio se casa de nuevo y vive hasta hoy tranquilo y feliz en un barrio al sur de la ciudad.

Cada vez que lo encuentro, platicamos sobre sus recuerdos. De vez en cuando me declama el poema “Tengo” de Nicolás Guillén a quien conoció en Cuba a través de su amigo el también poeta Enrique Núñez Rodríguez. Refiere Valerio que lo primero que dijo a Guillén cuando lo tuvo enfrente fue:

- Le traigo saludos del monstruo de la literatura universal, el que deambula en tus noches solitarias por tu aposento: Rubén Darío, aquel que fue tu maestro”. -
Guillén, por supuesto aceptó complacido aquel singular saludo.

Lo que Valerio no me contó, porque nunca se dio cuenta. Es que Jane Fonda descubrió meses después de los sucesos de Kent, que cuando está a oscuras se le ilumina la mejilla derecha con un resplandor extraño. También su médico descubrió esto cuando ella se hizo unas radiografías por un problema cervical. Además supe que han tenido que retocar algunas de sus fotos posteriores para borrar un brillo que irradia del mismo sitio.

Si Usted visita la universidad más antigua de Nicaragua, tendrá la oportunidad de conocer a Valerio. A lo mejor lo encuentra hablando a los nuevos alumnos, como cuando yo llegué tímido el primer día de clases y le escuché decir:

- ¡jóvenes! Nosotros quisiéramos comparar el proceso de vuestra formación con una planta que se convertirá en árbol, el cual irá creciendo frondoso, y que si se riega, abona y cuida, pronto muy pronto, crecerá tanto que parecerá que se encamina a tocar el cielo. De allí, que al estudiante siempre se instará a prepararse cada día más, para que se cumpla la máxima:

“¡... Por esta ruta, hacia arriba... más allá,
hacia las estrellas...!”

PANCHO ÑATO

El día en que lo mataron
mataron a un gallo fino
pues Pancho Ñato vestía
negro pantalón de lino

Santiago Paiz C.
El indio Pan de Rosa
/Malpaisillo

Las iguanas temerosas vieron pasar desde lo alto aquel tropel de desarrapados forajidos entre las nubes de polvo. A la cabeza de la siniestra agrupación cabalgaba un hombrecillo de rasgos aterradores que según los pobladores de la región tenía pacto con el diablo, sólo algunos conocieron su nombre verdadero pues la gente de esas olvidadas tierras le identificaba como Pancho Ñato.

Luego que Tacho El Viejo, el penúltimo de los Somoza, ordenara el asesinato del General Sandino, el ejército de marines norteamericanos abandonó poco a poco Nicaragua con la débil satisfacción de dejar al país protegido bajo el ala de la incipiente organización castrense denominada Guardia Nacional. La retirada de los yanquis dio paso a la formación de bandoleros amparados por la incertidumbre y el desconcierto de los primeros momentos de una época fuera de la ley. Pancho Ñato había hecho su propio mundo donde el robo, el saqueo y el asesinato eran sus credenciales. No había persona o autoridad por estos lugares que intentara detener a tales engendros de malignidad.

Pancho Ñato bajó del caballo y se fue a mear bajo un frondoso árbol, sacó del bolsillo un pañuelo y lo pasó por su cara sudada y grasienta. Por unos instantes vio en el trapo las iniciales de la difunta propietaria de la tienda más abastecida del pueblito de Malpaisillo, quien luego de la visita de los maleantes salió corriendo al patio de su casa y se lanzó todavía desnuda en el pozo de la casona.

El hombrecillo ordenó bajar a sus hombres, amarraron los caballos a la orilla del camino, unos se metieron al monte y otros se sentaron a descansar sobre unas piedras. Abelino Centeno se sentó junto a él, era el

más callado, venía del norte del país y se había trasladado a estos lugares huyendo de una venganza familiar. Fermín Matute era el lado opuesto de Abelino, siempre buscaba como divertirse a expensas de los demás, bebía mucho aguardiente y tenía seis dedos en cada mano, decía que Dios nuestro señor todo se lo había dado en demasía, y disfrutaba viendo a los curiosos que lo observaban mientras se hurgaba la nariz con su sexto dedo. El tercer hombre de confianza era Nicolás Medina, del Valle de las Zapatas, siempre dispuesto a cualquier atraco, se decía que era el más fiel a Pancho Ñato, lucía una gorra que mostraba al frente dos rifles cruzados, manifestaba orgullo por haberla adquirido como trofeo luego de haber acribillado a un diestro tirador de la Guardia Nacional. El resto de los hombres eran forajidos menores cuyos crímenes en su totalidad no alcanzaban a igualar a los de Pancho Ñato. Todos tenían cuentas pendientes con las autoridades pero nadie se atrevía a capturarlos.

Una tarde frente a la estación de Malpaisillo, mi madre bajó temerosa del tren, acababa de cumplir veintidós años y llegaba para hacerse cargo de la escuela, nadie la fue a esperar y caminó arrastrando su maleta sin quitar la mirada a los alrededores. El vendedor de boletos, un viejo cojo y de escaso cabello le señaló el lugar de la escolita. El polvo y las telarañas eran los testigos del vacío y soledad en que había permanecido la escuela por más de tres años. Quizá una motivación extraordinaria la empujaba a esta empresa que pronto le haría olvidar la vida de los pueblos grandes. Recordó su ciudad natal, la gente yendo a la misa, el parque lleno de niños, las tías colocándole los atavíos para el recorrido de la procesión donde ella iba vestida representando a la Virgen María. Siguió limpiando y dando forma a ese extraño sitio que todos llamaban escuela.

Durante los primeros meses, muchas satisfacciones llenaron el corazón de la joven mujer que con grandes esfuerzos había hecho asistir a clases a cerca de treinta niños y algunos adultos, entre estos últimos y con gran entusiasmo, llegaba un señor, puntual como siempre, bajaba del caballo a la hora en que los niños del turno regular ya se habían alejado lo suficiente de la escuela. Al paso de los días, había logrado su cometido, aprender a leer y conquistar el corazón de la maestra rural. A su vez la maestra aprendió a leer los designios de su alma entre las risas de los alumnos al final de la jornada o en la algarabía de la gente que se aglutinaba cuando el Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua llegaba a la estación cargado de pasajeros, de mercadería, de noticias, de gente de la ciudad, y de rumores de las andanzas de Pancho Ñato.

Muchas cosas supe después por mi padre, el mismo hombre que llevó a su maestra hasta el umbral de su casa convertida ahora en su esposa. Llegado el momento, mi madre, con los dolores del parto, fue trasladada en carreta de bueyes hasta la ciudad más cercana, León Santiago de los Caballeros donde estaba el único hospital en toda la región del occidente del país, Don Ramón, mi padre, dispuso que su vástago fuera atendido por los doctores y no por las parteras de Malpaisillo, dado que su mejorado coeficiente académico ahora le permitía valorar mejor los riesgos que podría tener en el parto su primeriza mujer. Una hamaca fue hábilmente colocada en la carreta donde el cuerpo pesado de mi madre se movía como péndulo camino al hospital. El nacimiento fue sin novedad y las clases fueron suspendidas temporalmente mientras mi madre me amamantaba; no me imagino cuantas veces desperté gritando asustado por el terrible estruendo del silbido del tren que pasaba a unos metros de la casa.

Después de varias semanas mi madre regresó a la escuela. El cielo tenía unas nubes extrañas que presagiaban mucha lluvia. A las cinco de la tarde los alumnos se despidieron a toda prisa pues el aguacero era inminente. Desde la estación, el vendedor de boletos vino corriendo hasta la escuela con un mensaje tan aterrador como el propio diluvio: ¡ Viene Pancho Ñato ! - y dicen que quiere conocer a la maestra de Malpaisillo !! ... que le han dicho que es una mujer muy bonita y la viene a conocer !! - El viejo dio la vuelta y se alejó renqueando... cierran las puertas... viene Pancho Ñato !!!

Con las primeras gotas de lluvia los montados irrumpieron en el pueblo. Nunca podré saber cuántos pensamientos pasaron por la cabeza de mi madre en esos momentos, en cosa de segundos entró a la escuela, tomó el candado y aseguró la puerta delantera, luego dio la vuelta y entró por la puerta del patio, su corazón latía aceleradamente cuando corrió despacio el pasador metálico de la puerta. Se dejó caer en una silla... la escuela le pareció más oscura y solitaria que nunca...

El ruido del tropel se fue incrementando, las voces aumentaban su volumen a cada segundo, de pronto hubo silencio, sospechó que los bandoleros estaban frente a la escuela. Hubiera preferido estar en una escuela como las de la ciudad, de cemento y hierro, con paredes fuertes y mucha gente, pero la realidad estaba a su alrededor: unos asientos viejos, pupitres desarmados, piso de tierra, y unas paredes de madera que antes de llegar al techo daban paso a unas reglas por donde penetraba el sol y el viento. Desde adentro oyó la voz de Matute: - ¡ Parece que ya

voló la palomita ! - Otros dieron la vuelta para buscar por el patio, Pancho Ñato desmontó y se sentó en el umbral de la puerta principal, se quitó el sombrero y rió a carcajadas, echó una mirada al pueblo y no vio un alma, entonces observó el techo de la escuela y subió en hombros de Abelino Centeno para ver hacia el interior... sus diminutos ojos se asomaron entre las reglas, vio el mapa de Nicaragua, los asientos quebrados, unas mesas viejas, el pizarrón lleno de palabras, la tinaja donde beben agua los alumnos y nada más vio Pancho Ñato. Bajó de inmediato y rió de nuevo... ¡ Voló la palomita ! Entonces Matute alzó con su mano de seis dedos una botella vacía y sugirió al resto: - A la cantina !! A la cantina !!

La lluvia empezaba a mojar el rostro de los bandoleros cuando todos montaron, Pancho Ñato metió fuerte las espuelas a su caballo, y se alejaron a la cantina, iba pensando ... voló la palomita... voló la... palomita ?

Cuando el cabalgar de los asaltantes se iba perdiendo entre el aguacero y la tarde, mi madre con el corazón golpeándole el pecho, salió desde abajo de una mesa, sus ojos lentamente recorrieron las tablas de las paredes hasta llegar al techo, temblando dio unos pasos, quizá estaban ahí todavía esperando que saliera, pasó el ojo por un agujero y miró que ya no había nadie. Esperó la noche y se fue entre los montes hasta la casa.

En la cantina, los maleantes disfrutaban del aguardiente y la grata compañía de las Siete Cabritas, alegres bailarinas que acompañaban en una gira al circo Hermanos Randall. El propietario del estanco ofreció a Pancho Ñato unos succulentos nacatamales y el mejor aguardiente del lugar. Entrada la noche, mientras Pancho Ñato orinaba al pie de un árbol escuchó asombrado el sonido extraño e insistente de un pájaro nocturno, de pronto, levantado como por un rayo dijo a sus hombres - A los caballos !! Viene la Guardia !! Todo fue un solemne alboroto. Las botellas rodaron, las sillas caían al paso de los bandoleros, de adentro aparecieron Medina y Matute subiéndose los pantalones, las bailarinas no sabían lo que pasaba y una de ellas salió con las tetas al aire hasta la puerta cubriéndose abajo con una cortina... todos se alejaron mientras en la puerta de la cantina el propietario y las bailarinas seguían sorprendidos. Cuando las mesas y las sillas estaban otra vez en su lugar y las mujeres se pintaban y ajustaban los trajes, se oyó la caballería de la Guardia Nacional entrando a Malpaisillo, eran cerca de cien soldados que desde días atrás seguían la pista a Pancho Ñato y sus secuaces. El teniente Calderón al frente de los soldados procedió a hacer las averiguaciones, nadie dio información sobre los malhechores por lo que la tropa decidió acampar, tomar un descanso y aprovechar la

presencia de las bailarinas del Hermanos Randall para hacer una tregua en la lucha contra los bandoleros.

Días después, una tarde que mi padre volvía a casa, se encontró con la banda de Pancho Ñato, al reconocer al hombrecillo al frente de la agrupación, optó por inclinarse el sombrero para cubrirse el rostro, los hombres pasaron sin darle importancia al solitario jinete que se perdió en la lejanía... Habían pasado unos minutos cuando uno de los hombres alcanzó a su jefe y le dijo: - Ese hombre es el marido de la maestra, de la palomita !! Pancho Ñato detuvo su caballo y todos giraron para cabalgar en sentido contrario. Iban ahora a la casa de la maestra a otra visita. Mi padre ya había llegado a casa y se dispuso a recibir a tan nefastos visitantes, alejó los caballos y buscó el único rifle que había en casa, entonces mi madre expuso su plan para evitar una muerte innecesaria, y otra vez, como en la escuela buscó el candado, puso llave a la puerta delantera y penetró a la casa por el patio, todo estaba cerrado cuando aparecieron los forajidos. Rodearon la casa, espantaron las gallinas, le dieron vuelta a la carreta, mataron los perros, tiraron balazos al aire... en medio del escándalo Pancho Ñato creyó escuchar desde adentro el llanto de una criatura y ordenó callar a sus hombres, todo fue silencio... no se escuchó nada más. Dos montados llegaron rápidamente a avisar que se aproximaba el contingente de la guardia, se oyeron disparos muy cerca y Pancho Ñato ordenó la retirada. La desbandada fue inmediata, uno a uno fueron cayendo abatidos los bandoleros. Pancho Ñato fue rodeado en lo alto de un cerro donde se atrincheró hasta el día siguiente, pasó disparando a los guardias toda la noche, por la mañana el teniente Calderón dio la orden del asalto bajo un fuego nutrido. Los soldados sólo encontraron un enorme tronco de árbol quemado como si hubiese sido fulminado por un rayo. Los guardias se persignaron y bajaron de prisa el cerro, al que llamaron desde entonces Cerro Quemado.

Meses después, Pancho Ñato apareció al mando de nuevos bandoleros, volvió a las andadas y siguió atacando en las narices de la guardia. El propio Somoza, jefe de la Guardia Nacional tomó cartas en el asunto y envió un mensaje a su subordinado en la plaza de la ciudad de León, el telegrama decía:

“En vista que ha sido imposible capturar al temido asaltante conocido como Pancho Ñato, estoy girando instrucciones para que le sea ofrecida la plaza de Comandante de la localidad de Malpaisillo, esperando que al pertenecer a las gloriosas filas de la Guardia Nacional, este aventurero no tenga necesidad de hacer tales fechorías. Cúmplase a la brevedad.

General Anastasio Somoza.

Unas semanas después, Malpaisillo tenía nuevo comandante. Pancho Ñato orgulloso paseaba con sus hombres por las calles del pueblo, saludaba a la gente, hacía presencia en los actos oficiales, hasta tenía personal asignado y disfrutaba de un buen salario. Una mañana llegó otro telegrama desde León, Pancho Ñato buscó quien leyera el mensaje. Por este medio se le avisaba que en un par de días un contingente de la guardia en tránsito hacia el norte, acamparía en Malpaisillo para recoger provisiones y descansar a los caballos, por lo que se le solicitaba atender a dichas tropas. El contingente de unos doscientos soldados llegó al día siguiente, el comandante Pancho Ñato se reunió con el sargento al mando de las tropas y le ofreció su colaboración. Por la noche, mientras comandante y sargento tomaban unos tragos, las tropas de la guardia apresaron a los hombres de Pancho Ñato.

Al amanecer, cincuenta soldados se dirigieron al comando y levantaron con todo y resaca al recién estrenado comandante. Pancho Ñato fue capturado y se dispusieron todos los preparativos para su ejecución.

El pueblo se congregó en las proximidades de la plaza para presenciar el fusilamiento. Nunca se había visto tanta gente reunida en Malpaisillo, vinieron las bailarinas del Randall junto a los payasos y los enanos, el vendedor de boletos de la estación, el dueño del estanco y los clientes, todos los parientes de la mujer que se tiró al pozo, el cura, los ancianos, llegó gente de los pueblos y valles vecinos, la plaza se llenó de carretas, el tren hizo varios viajes y no se dio abasto, de inmediato se instalaron en la plaza los vendedores ambulantes y todo estuvo listo para antes del atardecer.

Varios soldados cavaron una fosa. Las campanas dieron un fondo lúgubre cuando aquel hombrecillo apareció en escena, entre la multitud que observaba, mi padre sujetó fuerte la mano de mi madre y bajó el ala del sombrero... después del murmullo vino el silencio cuando se oyó la orden - Preparen ! Apunten ! Pancho Ñato gritó obscenidades a los guardias y a la gente... Fuego !! El cuerpo pequeño del bandolero se dobló y cayó de rodillas... siguió gritando ... el pelotón se preparó de nuevo y descargó el fuego de los fusiles sobre la humanidad del temido personaje. Pancho Ñato siguió gimiendo... Malditos !! Desgraciados !! De rodillas continuaba vociferando cuando recibió la tercer descarga. La gente observaba sorprendida y todos de inmediato comenzaron a santiguarse, se escucharon Padres nuestros y diostesalvemaría. Un soldado se acercó al moribundo y despojándole de sus ropas descubrió unos amuletos y oraciones al maligno cosidas

a la piel del fusilado, el guardia arrancó de golpe las oraciones y demás evidencias, entonces Pancho Ñato se retorció y lanzó el último gemido que se fue apagando hasta caer a la orilla de la fosa, el jefe del pelotón empujó el cuerpo sin vida y antes de proceder al entierro llamó al fotógrafo de la guardia para llevar pruebas de la misión cumplida. Luego dio orden para que la gente se retirara a sus casas.

Muchos años habían pasado de esto cuando supe de labios de mi madre que el día que Pancho Ñato creyó oír el llanto de un niño dentro de la casa, ella evitó que yo siguiera llorando pues abriéndose la blusa blanca me hundió de inmediato entre su pecho y que a la mañana siguiente del fusilamiento las iguanas temerosas vieron pasar desde lo alto aquel tropel de la guardia entre las inmensas nubes de polvo.

El día que llegué a Nagarote, nadie me advirtió que si uno bebe agua de ese lugar, siempre habrá de regresar. Lo que podría deberse a lo que dicen los viejos sabios, que Nagarote significa “Paso de los brujos”. En aquellos días había una sola calle pavimentada entrando al pueblo. Por ahí, hasta hoy día, entran y salen los buses que lo despiertan a uno a las cuatro de la mañana, porque viajan las mujeres del quesillo, quienes sacan el delicioso producto que llega hasta sitios muy distantes. Por esa misma calle llegaba también la señora prestamista en su carro blanco de lujo conducido por el marido, quien esperaba cómodamente a que su mujer cobrara los abonos del préstamo de puerta en puerta. Las demás calles eran polvosas, pero no siempre, porque en las mañanas salían las muchachas en camisón o en shorts a botar el agua sucia de las pilas y eso evitaba la polvareda.

El comando de la guardia quedaba al lado norte de la iglesia. Por ahí pasaba la gente a la misa, entonces el comandante sacaba a los presos bien tempranito a barrer la calle para causar buena impresión. También salían a comprar cigarrillos para los aburridos guardias. Por ahí solía pasar a toda prisa el curita español, quien oficiaba misa tras misa sin dar tregua a entrar o salir a los asistentes. A veces iba saliendo un difunto y ya el otro iba entrando, así que se encontraban en las gradas de la iglesia. Después de tanto tiempo ya no recuerdo su nombre. Eso sí, nunca podré olvidar el día que toqué el armonio en la misa. Fue un domingo que concurrió mucha gente. Yo había llegado una hora antes a revisar el instrumento. Era un armatoste viejo y cansado. Cuando oprimí las teclas para afinar un Do mayor no se escuchó nada. – Tenés que darle pedal abajo – me sugirió el sacristán. Cuando inyecté aire con los pies aquella cosa sonó como un silbato de tren dentro de la iglesia. La misa estuvo muy alegre, entonces el curita al final de la celebración se me acercó con un legajo de partituras de música sacra para que yo las interpretara con el armonio. – Sólo toco de oído. – le dije avergonzado y me escabullí de la iglesia.

Entre otras cosas que todavía puedo recordar está el Cine Santiago, lugar que los sábados era muy frecuentado por sus buenas películas. Por la noche uno miraba pasar a la gente bien arreglada en dirección al cine. Los días jueves la concurrencia era exclusivamente masculina, ya que pasaban las famosas películas prohibidas para menores. Ese día se llenaba y era notorio ver en los alrededores los caballos amarrados de aquellos cinéfilos que procedían de las

comunidades rurales. Otros iban a meterse a las cantinas y con frecuencia se escuchaban disparos hechos al aire o a la humanidad de algún enemigo encontrado por casualidad en el fin de semana. Luego venían los entierros, en el único cementerio del pueblo, donde era común observar al ganado pastando. Y ahora que digo entierros, no puedo pasar por alto la presencia de aquel perro de manchas negras que siempre asistía a los entierros, lo mismo digo de Juan Llorón, el vagabundo que se pasaba todo el trayecto hasta el panteón llorando inconsolablemente por la pérdida del amigo.

Hoy en día muchas cosas han cambiado.

De las cosas que han sobrevivido en el tiempo, sin duda puedo citar el sistema de anuncios que aún realiza Tano, con sus bocinas colocadas en lo alto de un árbol, por donde anuncia bautizos, cumpleaños, bodas, entierros, venta de plátanos, sopa de gallina, reuniones políticas y cualquier evento de interés local. Seguro estoy que todos los nagaroteños recordarán aquel día cuando en la medianoche Tano anunció que en la casa de un señor, mientras destazaban una res, habían encontrado en su interior una cría que tenía cabeza de humano. El anuncio invitaba a visitar la casa para conocer aquel fenómeno. Segundos después la gente pasaba corriendo rumbo al lugar en mención; unos en ropa de dormir, otros envueltos en las cobijas, mujeres con niños en brazos, homosexuales que corrían con delicadeza, gordos inmensos que les costaba caminar, viejitas con bastones, chavalos y toda clase de curiosos. Al rato había una multitud que no me dejaba ver bien. Las beatas se persignaban y decían: - ¡Eso es lo que hacen los hombres cochinos!

No obstante, el histórico símbolo del pueblo, el árbol de Genízaro, no ha tenido mucha suerte. Poco a poco el gigante vegetal de raíces que se alejan hasta varias cuadras a la redonda ha ido botando sus secas ramas, donde hace centenas de años los nativos escondieron las armas para combatir a los conquistadores. Pronto sólo quedará el recuerdo en las parejas que se juraron amor eterno en las bancas del Parque El Genízaro.

En cuanto a los personajes famosos de Nagarote, aún recuerdo a Eduardón, un epiléptico simpático que le hacía los mandados a cualquiera. Era un hombre grande, fuerte y siempre sonriente. Nelo, un mongolito que hacía travesuras como entrar a la iglesia y tocar la campanita en plena misa. La Rosita, una viejita parkinsoniana que siempre jugaba con una diminuta piedra entre sus manos, era muy complaciente cuando alguien le pedía que estornudara. Pero entre todos estos seres especiales, a quien más logré fijar en mi memoria fue a aquella mujer que un día de abril enloqueció de puro amor: La Chayito.

La Chayito era la mayor de tres hermanas de una familia de buena posición económica. Poseían fincas y ganado. Siempre se habían destacado entre la gente adinerada de Nagarote. Las otras dos hermanas de la Chayito ya se habían casado y vivían en las afueras del pueblo con sus maridos. La Chayito contemplaba con tristeza la bien andanza del hogar de sus hermanas y la alegría que sus sobrinos desbordaban en el seno familiar. Ella esperaba todavía la llegada del gran amor de su vida. Cuando cumplió los cuarenta vino el pánico. Sin embargo todavía se sentaba por las tardes a tomar el fresco en la acera con su vestido largo. Le gustaba saludar y decir adiós a sus amistades, así como preguntar por personas no vistas de hace tiempo. Llevaba las cuentas del número de mujeres que en el pueblo tenían su misma condición de solteras cuarentonas, y permanecía pendiente de los anuncios de bodas para saber cómo iba la suerte de las otras. A pesar de su soledad, su corazón siempre se inquietaba con la presencia de los caballeros que iban por la calle o que observaba en la misa. Por esa razón aún albergaba la esperanza de un amor tardío que compensara tantos años de espera. A solas en su cuarto, contemplaba su cuerpo desnudo en el espejo y pensaba que todavía sus carnes podrían complacer al amante más exigente. Apagaba la luz y se acostaba a soñar entre las sábanas.

Una tarde, de visita en la hacienda de una de sus hermanas, la Chayito vio llegar a un desconocido que vestía de blanco impecable. De finos modales y hablar rebuscado. Era el veterinario que se había instalado en el pueblo un mes atrás. Los hacendados lo buscaban para que curara y recomendara sobre las enfermedades de las vacas. En poco tiempo había adquirido fama de “Doctor del Ganado” y visitaba hasta tres fincas en un solo día. El corazón de la Chayito dio un salto. Fingió un poco de indiferencia cuando el hombre se acercó. Saludó a todos quitándose el sombrero. – Marcelino Mendoza de León, para servirles. - hizo una pequeña reverencia. Luego que todos fueron presentados, hablaron del ganado y se encaminaron al corral para que Don Marcelino examinara a algunas vacas. Esa tarde, el veterinario sintió los golpes del corazón de la Chayito. Días después siguió visitando la finca para evaluar la mejoría de las vacas. Siempre encontraba a la Chayito, quien llegaba por casualidad a visitar a la hermana. En cierta ocasión, después de aplicar una solución al ganado, Don Marcelino pidió a la Chayito permiso para visitarla en su casa. La respuesta casi se le escapa por adelantado, así que con tono recatado aceptó la visita del doctor del ganado. Las tardes se volvieron muy amenas en el corredor de la casa. Don Marcelino recitaba a Rubén o le hablaba de los últimos inventos venidos de Europa. Al fin se había iluminado la existencia de aquella mujer, por eso, no había que esperar mucho. Fijaron la fecha de la boda e hicieron los preparativos

para la gran fiesta. El Sábado 14 de Febrero de 1970, día de los enamorados, la Chayito entró orgullosa y enamorada del brazo de Don Marcelino para casarse en la iglesia de Nagarote. La prolongada espera había terminado por fin. La Chayito rebosante de felicidad lucía una sonrisa que guardó para esta ocasión. A la hora del bailongo hasta se vio un poco presumida. No importaba ahora, había que vivir todos los momentos de esta historia de amor.

Después de la luna de miel, Don Marcelino comenzó a ausentarse pues visitaba otros pueblos curando ganado. Pasaba hasta dos semanas fuera, tiempo que la Chayito lo extrañaba con la furia de los últimos años destinados para el amor. Cuando volvía, lo atendía con esmero hasta la exageración y le demandaba el cumplimiento acumulado de sus deberes conyugales. Don Marcelino, con ayuda de un elixir que él mismo preparaba se convertía en el más impetuoso amante para satisfacer las demandas de su esposa.

Tanto era el amor de la Chayito, que al mes siguiente de la boda había pasado sus propiedades y el hato ganadero a nombre de Don Marcelino Mendoza de León, quien ahora era dueño y señor de tierras, hacienda, ganado y lechería. Pronto tendría que dejar el oficio de veterinario.

En una de sus salidas a los pueblos, Don Marcelino advirtió a su mujer que esa sería la última vez que salía a curar vacas, pues a su regreso se dedicaría por entero a hacer producir la finca. La Chayito quedó contenta esperando el regreso del esposo. Dos semanas más tarde la Chayito se preparó para recibir a Don Marcelino. Había hecho los preparativos de costumbre. Una mañana escuchó el motor de un vehículo y salió a la puerta. No había señales del marido. En su lugar, llegaron unas personas extrañas con unos documentos a notificar el desalojo a la Chayito, pues la finca, el ganado y las demás propiedades habían sido vendidas por su legítimo dueño, Don Marcelino Mendoza de León.

Esa mañana de abril la Chayito se volvió loca.

Ya jamás volvería a ser la misma. Años después, era común verla por las calles de Nagarote vagando en harapos. Todo el tiempo iba hablando sola. Hablaba mal de los hombres como platicando a un fantasma que caminaba a su lado. También la escuché recitar capítulos enteros de la historia de Nicaragua. Mucho criticaba el expansionismo de los filibusteros en tiempos de Walker o las injusticias que cometieron los españoles al llegar a América. Creo que esa fue la única historia que le tocó recordar de su época del colegio. Daba gusto oír párrafos y párrafos del pasado político en boca de la Chayito en su diario vagabundear por las calles del pueblo.

Mucho tiempo después, en una tarde de verano, entre ráfagas de viento y nubes de polvo, regresé a Nagarote. Por supuesto yo regresaba debido al efecto del agua encantada que bebí la primera vez. Esa tarde noté la ausencia de la Chayito. Visité a los amigos que todavía quedaban y platicamos sobre el pasado frente a unas cervezas en “El Chamacó Moderno”, aquella cantina que tenía la única roconola que he visto en mi vida, que sonaba los discos girándolos en posición vertical. Me contaron que mucha gente se había ido del lugar, también de las pocas cosas que han cambiado. Cuando les dije que me dieran razón de la Chayito, me respondieron que una mañana de abril amaneció muerta en las gradas de la iglesia. Nelo, que es un gran mentiroso, le contó a todo Nagarote que cuando él regresaba de una fiesta, había visto a un hombre de blanco sentado en las gradas al pie de la difunta y que luego desapareció cuando las mujeres del quesillo salieron de sus casas para tomar el bus que despierta a todo mundo, al momento que el viejo reloj de la iglesia anunciaba las cuatro de la mañana.

HISTORIA DE RODRIGO

Nelson y Raquel llegaron a Nicaragua en los años 80. La guerra en El Salvador se hacía más intensa y mucha gente salía buscando nuevos horizontes. La revolución nica ofrecía su propio paraíso lleno de esperanzas e ilusiones donde era factible la construcción de un modelo social equitativo. Muchos llegaron atraídos por esa esperanza, de igual manera Nelson y su mujer sentaron las bases de su futuro en esta tierra donde tarde o temprano verían crecer su hogar a la espera del paraíso prometido.

Raquel entró a la escuela de abogados, a lidiar con las letras, teniendo que memorizar artículos, códigos, leyes y la forma particular de la administración de justicia de este país; en tanto, Nelson optó por las ciencias y se incorporó a la escuela de medicina, al mundo de los microscopios, la disección de cadáveres, los profesores de blanco y los pesados libros.

Ambos tenían un carácter diferente. Ella, callada y un poco metida en sus propios pensamientos. Él, extrovertido, de los que disfrutaba una discusión sobre cualquier tema. Pronto habían formado su pequeño gran mundo entre el quehacer de la vida estudiantil. Ese fue el ambiente que encontró Rodrigo, su primer hijo nacido en estas tierras.

Para esa época, Nelson estudiaba durante el día y trabajaba de vigilante nocturno en un colegio de secundaria en León, por lo tanto, cada noche cargaba con sus libros y su ración de café hasta el colegio. Se pasaba las noches y madrugadas con un ojo pegado a los libros y el otro atisbando en los alrededores. Vivía cerca del colegio, en la parte sur de la ciudad. Todas las mañanas regresaba a su casa a recoger a Rodrigo para llevarlo a una guardería. La rutina era siempre la misma, con un toque de disciplina que no daba tregua a situaciones inesperadas: Salir del trabajo, llegar a casa, recoger al niño, llevarlo a la guardería, ir a la facultad, salir de la facultad e ir al trabajo. En algún momento habría que comer algo y ceder a la tentación de unos minutos de sueño durante una clase o un receso.

Nelson pasaba a diario por la calle del cementerio de Guadalupe, llevando de la mano a Rodrigo camino al centro infantil. Rodrigo se distraía observando las estatuas de los ángeles y las cruces majestuosas en las lápidas. Este era un paisaje obligatorio que le tocaba contemplar a diario por las mañanas y después por las noches al volver a casa. Una vez al pasar por el lugar, el

niño le pidió a su padre que cuando muriese lo enterrase en ese mismo cementerio. Nelson cambió la conversación y siguieron caminando.

Al pasar el tiempo, vinieron dos hijos más, los gemelos Francisco y Luis. La familia crecía y se afianzaba el hogar que a estas alturas ya se consideraba nicaragüense. Raquel se graduó de abogada y Nelson de médico. Habían conquistado ya las primeras victorias: tenían una linda familia y ya eran dos profesionales. No obstante la esperanza del paraíso prometido se había desvanecido, vinieron nuevos tiempos y otra forma de ver el futuro. El sueño de la revolución se había esfumado.

En los inicios de los noventa, toda la familia se había establecido en Chontales, un departamento ganadero al sur oeste del país. Nelson y Raquel tenían un empleo aceptable y los hijos ya estudiaban la secundaria. Nelson venía por León cada vez que lograba un permiso para trabajar en la elaboración de su tesis, buscaba asesoría en la universidad entre sus viejos maestros. Para entonces era budista y se aparecía en mi casa haciendo un gesto reverente desde la puerta y saludando muy alegre con frases orientales que luego me traducía. Solía llevar una especie de rosario que frotaba insistentemente y que era parte de una liturgia budista. Tenía la cualidad de presentarse inesperadamente. La mayoría de las ocasiones traía algo para obsequiar como crema, cuajadas, queso y otros productos elaborados en esa zona. Una tarde al regresar a casa, me encontré la algarabía de la visita de muchos niños del vecindario. La causa fue el obsequio que Nelson nos había traído: Un mono, que se columpiaba dando alaridos entre las ramas de los árboles del patio.

Después de esa ocasión no vi a Nelson por mucho tiempo.

Rodrigo el hijo mayor, tenía 17 años cuando Cupido lanzó sus primeras flechas. Se había enamorado de la empleada de la casa. Era su primer amor, desenfrenado, apasionado, con la fuerza y el ímpetu de la adolescencia virginal. Vivían su propio paraíso a escondidas, amándose plenamente sin ningún razonamiento, dejándose llevar por el tiempo y las ganas, sin embargo un amor semejante era difícil de ocultar y así un día fueron descubiertos. Rodrigo estuvo a punto de volverse loco de amor cuando echaron a la muchacha de la casa. Vinieron los pleitos, los reproches, los consejos; hasta que una tarde decidió abandonar el hogar para buscarla. Estuvo varias semanas fuera de casa. A oídos del padre llegaban noticias de que lo habían visto merodeando la vivienda de la ex empleada y que andaba una apariencia desastrosa. Todo hacía suponer, no obstante, que tanto

sacrificio de amor no era correspondido por la muchacha que al parecer tenía su corazón destinado para otros caballeros. Sólo la fuerza del amor podía hacer que un hombre perdiese la cabeza de esa forma.

Nelson fue en su busca y lo trajo a casa, estaba consciente que luchaba contra un enemigo muy poderoso y había que plantear cautelosamente una estrategia para Rodrigo. Las largas pláticas con los padres tuvieron un efecto poco positivo. El seguía pensando en ella, imaginando sus momentos de felicidad clandestina. Una noche que no aguantaba tanta tristeza, fue al patio y subió hasta el tanque de almacenar agua, sacó del pecho la furia acumulada y gritó a los cuatro vientos su tristeza... luego amenazó al mundo con lanzarse desde arriba. Pasados varios minutos le convencieron de bajar.

En los días siguientes, Nelson inventó una forma de alejarlo del lugar y le hizo creer que era necesario viajar a El Salvador a buscar unos papeles para legalizar la estadía en Nicaragua, así lo invitó a acompañarle y se marcharon juntos al vecino país. Allí permanecieron por un mes, tiempo que Nelson faltó a su trabajo de médico y que a la postre le costó el empleo, pues ya no pudo justificar sus ausencias al centro de salud. Raquel quedó a cargo de la casa y de los otros hijos, llevando algunos casos legales del lugar. Un mes después Nelson regresó pensando que Rodrigo se quedaría algún tiempo más, dándose la oportunidad de cambiar de ambiente y olvidarse de todo. No fue así. A los pocos días se apareció en casa y antes que se fugara de nuevo a la búsqueda inútil de su amor prohibido, otro plan fue elaborado. Esta vez lo convencieron de venir a estudiar a León. Alistó sus maletas y viajó con su padre a instalarse en la ciudad universitaria. Pronto comenzó otra vida. Se había convertido en estudiante del Instituto Nacional de Occidente, el mismo colegio que yo recordaba de mis años mozos. Se dedicó a estudiar y así fue olvidando aquella obsesión que le había quitado el sosiego meses atrás. Estaba en quinto año y tenía pocos amigos pues no conocía a nadie, sin embargo fue dando forma a un nuevo proyecto de amor cuando se topó otra vez con las flechas de Cupido, ahora provenientes de una joven leonesa.

El plan había resultado.

Varias veces Rodrigo me visitó en casa. Lo notaba tranquilo, muy quieto. Me parecía un volcán silencioso que de repente podría explotar. Ya no hablaba de regresar a Chontales ni de su experiencia anterior. Quizá la novia leonesa le había hecho olvidar el pasado. A fin de año, avisó a su

madre que había aprobado todas las materias y le comunicó la fecha de la promoción. Ese día Raquel vino a León y orgullosa del brazo de su hijo asistió al colegio donde él recibió el diploma de bachiller. Acompañó feliz a Rodrigo en esos momentos tan especiales, que parecían augurar buenos tiempos. Era Diciembre y soplaban deliciosos aires navideños. Raquel regresó sola a Chontales pues Rodrigo tenía planeado quedarse unos días más para estar con su novia en la fiesta de noche buena. Ese día, llamó a la familia disculpándose por no estar con ellos como era la costumbre. Habló con sus padres y con sus hermanos gemelos deseándoles que la pasaran bien. La noche de Navidad Rodrigo estuvo con su novia hasta después de la medianoche, entonces se despidió y se marchó al lugar donde vivía al cuidado de una señora que atendía a estudiantes.

Muy temprano, cuando Rodrigo aún dormía, su novia lo llegó a buscar en compañía de unos amigos. Le invitó a un paseo y sacándolo de la cama le alistó algunas cosas para el viaje. Salieron rumbo a una playa cercana a la ciudad. Era la primera vez que salían luego de los exámenes de fin de año y había que disfrutar tal recompensa. Unos paseaban por la costa mientras otros se sumergían alegres. Rodrigo caminaba dentro del agua buscando el mejor lugar. Explorando con los pies la profundidad como es usual, de repente se escuchó un grito femenino que atravesó como cuchillo el ambiente y todos corrieron sin poder hacer nada mientras Rodrigo se hundía entre las aguas. Todo fue desesperación e impotencia ante la fatalidad. El mar se había tragado al muchacho. Nadie pudo hacer nada para evitar aquella muerte.

Tres días después Raquel sentada sobre una piedra miraba el mar hasta el horizonte deseando que todo aquello fuera una pesadilla. Nelson estuvo buscando en compañía de los pescadores del lugar algún indicio del cuerpo del hijo, hasta que, en el atardecer de ese día lo hallaron entre los manglares. Tres días no bastaron para ir acostumbrando el corazón a la pérdida definitiva de alguien a quien uno ha amado por diecisiete años.

Rodrigo fue sepultado en una fría mañana en el cementerio de Guadalupe en León. Nelson y Raquel tuvieron las condolencias de algunos amigos. Mientras abrían la fosa, mi amigo me contó que finalmente había cumplido el deseo de Rodrigo de ser sepultado en ese lugar. Yo me imaginaba al niño caminando de la mano de Nelson por la acera del viejo cementerio, viendo las estatuas y haciendo preguntas curiosas.

Todo había pasado.

En los días posteriores, Raquel trató de sobrellevar el dolor en su alma. Una tarde fue a la iglesia buscando la cercanía de Dios. Entró y se sentó al final. Nunca se imaginó que ese día por razones extrañas el sacerdote leía durante la misa unos versículos de Jeremías Capítulo 31. Así le oyó decir:

El señor dice:

“Se oye una voz en Ramá
de alguien que llora amargamente.
Es Raquel, que llora por sus
Hijos
Y no quiere ser consolada
Porque ya están muertos”

Pero el señor le dice:

“Raquel, no llores más,
Ya no derrames tus lágrimas,
Porque tus penas tendrán
Su recompensa...”

A Nelson no lo he visto en los últimos meses. Pero estoy seguro que pronto habrá de aparecer por León. Ya aparecerá sonriente frente a la puerta, con sus manos juntas en señal de reverencia y su acostumbrado saludo que se escucha hasta el fondo de la casa: ¡Saludos, Maestro!

Estoy seguro.

Todavía después de tantos años, puedo recordar que esa noche, cuando se fue del aire el canal 6, Don Carlos apagó el televisor y se levantó a cerrar la puerta de la calle, echó un vistazo al vecindario y vio que el bar de la esquina aún estaba abierto pues se escuchaban los gritos de los borrachos. Un viento cálido le acarició el rostro, cerró la puerta y puso los pasadores. Una sonrisa maliciosa auguraba el éxito de su plan que desde hacía semanas estaba fraguando con Antonia su mujer, y madre de sus cuatro hijos.

Don Carlos y Antonia vivían en la colonia 14 de septiembre desde muchos años atrás. En este lugar vieron crecer a sus muchachos y con el paso del tiempo se fueron olvidando de sí mismos. Un día se percataron que no recordaban el momento de la última caricia, ni el último beso, ni cuando habían hecho el amor la última vez. Decidieron entonces que había que retomar los ímpetus del amor olvidado en la rutina y los quehaceres familiares, y por lo tanto era necesario esperar la primera oportunidad para hacerlo.

La época era propicia para la alegría y las fiestas inolvidables, todo el país se preparaba para recibir a las delegaciones deportivas que participarían en el mundial de Beis Ball. En aquel diciembre de 1972 la radio, la TV y los afiches anunciaban por todos lados el evento Nicaragua Amiga 1972. Y fue Somoza al estadio Somoza a lanzar la primera bola inaugurando el mundial.

Mientras los hijos de Don Carlos hacían planes para la compra de los boletos, este recorría las tiendas de la avenida Roosevelt buscando para Antonia unas prendas íntimas y un perfume sensual capaz de levantar los ánimos a cualquiera. Caminó por toda la avenida hasta que en la tienda de Carlos Cardenal encontró lo requerido: un baby doll rojo y un frasco de Topacio, la exquisita fragancia del momento. Bajó del segundo piso por las escaleras eléctricas, únicas en toda Managua, iba con cara de triunfo revisando sus planes.

Pasaron los días y no llegaba la oportunidad, hasta que esa noche los muchachos se acostaron temprano, pues salían a una excursión al día siguiente. Era la víspera de la Navidad y había que aprovechar las vacaciones de fin de año. Don Carlos aseguró la puerta de la calle y fue a cerrar la del patio. Pasó por el cuarto de los muchachos y observó que todos dormían con los aliños preparados bajo las camas. Se dirigió a su habitación, Antonia

esperaba recordando alguna travesura adolescente, tenía puesto su baby doll y una fragancia envolvía el ambiente.

Don Carlos penetró con sumo cuidado, recordó que alguna vez habría hecho lo mismo en su juventud. Antonia esperaba de espaldas a la puerta. Una emoción extraña pero deliciosa se mezclaba en su corazón impaciente. Sintió las manos del marido tocarle los hombros y de inmediato su cuello percibió una respiración profunda y delicada. Ella se dejó llevar dócilmente por las caricias de su hombre que la conducían por un camino ya recorrido hace tiempo y que descubría de nuevo llena de placer, apagó la luz y se dejaron caer en la cama.

En la oscuridad exploraron el mundo de las ansias locas, los sueños y fantasías. Recordaron simultáneamente las posiciones favoritas y no les importó la incomodidad que producían los años de más. Pronto el aroma del Topacio se confundió con los sudores de dos cuerpos que se entregaban al romance estrepitoso en aquella noche de diciembre. De repente, en medio del remolino amoroso, un estremecimiento como venido del infierno sacudió todo lo que rodeaba a los nuevos amantes. Una avalancha de vigas, tejas y pedazos de pared cayó sobre los cuerpos sudorosos de Antonia y Don Carlos. La ciudad entera caía abatida por la furia del terremoto del 72. A lo lejos, los gritos y lamentos eran los testigos palpables de la magnitud de la desgracia. Dos días más tarde logramos sacar los cuerpos inertes de los muchachos. En el cuarto del fondo, después de levantar muchos escombros, encontramos a los amantes aún abrazados y los ojos abiertos y fijos mirando hacia la nada. También recuerdo como si fuese ayer lo difícil que fue separarlos porque ese abrazo era para siempre y era su último abrazo, en el esperado camino al paraíso.

MARILYN

“Norma Jean Morteson nació el primero de Junio de 1926 en Los Angeles, California. Durante su carrera utilizó el nombre de Norma Jean Baker y finalmente el de Marilyn Monroe...”

Era la una y media de la madrugada cuando el profesor David Albarenga inició la lectura del décimo libro, el último que había conseguido sobre la vida de la señorita Monroe. Vivía solo, nunca se casó ni le conocieron novias o aventuras. En sus ratos libres coleccionaba insectos y también se dedicaba a la numismática. El fin de semana no asistió al curso de computación que había obtenido como premio al “Mejor Maestro del Año 1995” de la universidad, pues en obcecado maratón se dio a la tarea de ver las películas protagonizadas por la mujer de sus sueños. Los libros y las películas habían llegado desde Miami donde un viejo amigo de la secundaria había realizado tal búsqueda como un encargo muy especial, además había enviado como regalo adicional un enorme afiche del tamaño de la puerta, donde Marilyn en su eterno vestido dorado mostraba su mirada sensual e inocente a la vez, como diría Carl Sandburg. El afiche lo colocó en la pared de la habitación, único sitio donde cabía y de donde el maestro David tuvo que quitar unos espejos antiguos y unos retratos amarillentos de caudillos conservadores. Desde el viernes dejó preparadas óptimas condiciones y advertencias para no ser interrumpido en esta jornada, desde rótulos en la puerta de “Hay enfermos con Cólera” hasta comida fría, jugos naturales y otras provisiones cerca del sofá. Estuvo extasiado viendo la actuación de la Monroe en “Los Caballeros las prefieren rubias”, “Cómo atrapar a un millonario”, y entre las más viejas “Jungla de Asfalto” y “Todo sobre Eva”. Ahora continuaba entregado a una fuerte obsesión que lo empujaba a escudriñar el pasado de aquella increíble mujer.

La tarea consistía en leer todas las biografías que tenía en su poder cuando el reloj anunció las dos de la mañana. A estas alturas, se adelantaba en el texto y pronunciaba nombres de películas, fechas o lugares que ya tenía memorizados de las anteriores lecturas y que fácilmente adivinaba. Con un poco de sueño se levantó del sofá y se fue al cuarto sin despegar la vista de la lectura. Decidió continuar leyendo en la cama. Acomodó varias almohadas y entró al siguiente capítulo: “Sus matrimonios con la estrella de béisbol Joe DiMaggio y el dramaturgo Arthur Miller fueron... ampliamente cubiertos... por una...”

El libro cayó de sus manos cuando sus ojos cansados se dieron por vencidos. Ya no pudo escuchar el siguiente aviso del reloj a las tres en punto.

Más tarde, dos labios rojos recorrían el cuello del maestro cuando despertó asustado. Por su frente unos cabellos de oro no le dejaban ver lo que estaba ocurriendo. Encima del maestro, el cuerpo blanco de aquella mujer dominaba sus sentidos. Dos muslos como de acero se levantaban y se dejaban caer sobre el propio centro de su cuerpo, en la más indescriptible sensación de placer al filo de la madrugada.

Con las primeras exhalaciones todo quedó en penumbras. Un viento ligero movía las cortinas de la habitación mientras la rubia continuaba su ritmo acelerado hacia horizontes abismales. En el clímax del amor, la cara de aquella mujer se iluminó, sus ojos quedaron entreabiertos mirando fijamente al rostro incrédulo del profesor Albarenga. El maestro intentó agarrarla para traerla hacia si, pero ella le sujetó fuertemente las manos y quedó clavado por sus largas uñas rojas en la más deliciosa tortura de su existencia. Luego gritaron juntos y después vino la calma. Suavemente, ella se fue acomodando sobre el pecho de aquel hombre, mientras su respiración volvía a la normalidad. La habitación se iluminó de nuevo y con una mezcla de miedo y placer el profesor David Albarenga recorrió con los ojos cada pulgada de la pared de la habitación, ella había desaparecido del afiche, sólo estaba el marco de madera y el fondo negro. Su corazón desbocado comenzó a estremecer el pecho de la rubia, entonces ella se levantó, tomó su vestido dorado, unos zapatos de tacón y totalmente desnuda se fue al baño, como hacen las mujeres después del amor. Hasta entonces el profesor sintió dolor en su antebrazo y notó unas líneas sangrantes donde ella le había sujetado. Se levantó de la cama y fue siguiendo su fragancia por el aire hasta llegar al baño. No encontró a nadie. Sólo las cosas desordenadas frente al espejo, su olor excitante y unos hilos dorados en el cepillo del pelo. El profesor limpió la sangre en su antebrazo y regresó rápido a la habitación. Ahí estaba ella de nuevo, esta vez en el cuadro de la pared. Su mirada había cambiado, ahora le miraba fijamente, con los ojos entreabiertos y los labios insinuando el nacimiento de un beso.

Ha pasado una semana y el profesor Albarenga no ha vuelto a la universidad. A diario los alumnos le buscan en el laboratorio, que luce como un solitario laberinto de cristal. El no ha salido de su casa, que aún tiene el letrero colgado en la puerta para que nadie moleste. Lleva ya varias noches esperando el regreso de Marilyn. Ella aún continúa mirándole desde la pared y todo permanece en su mismo sitio, igual como ella lo dejó. El la espera cada noche negándose en silencio a aceptar la posibilidad de que todo haya sido un sueño en la madrugada. La espera ansioso cada noche, mirando las huellas que dejó en su cuerpo, como una evidencia real de aquel encuentro, y la espera triste porque esas heridas de amor han comenzado a cicatrizar irremediabilmente...

UNA MUJER PARA JACINTO

Eran las doce de la noche y había luna llena cuando la Jacoba Fonseca lanzó al cielo sus primeros gritos de parto. La Conchita Ortíz, vieja y sabia partera tenía todo listo. La habían traído desde Cosigüina para que atendiera a la muchacha. La Jacoba era primeriza y sentía que en cada contracción se le iba un poquito la vida. Como a las tres de la mañana sintió que algo le salía del vientre. Tuvo la sensación que un clavo le pasaba raspando las entrañas. La comadrona agarró a la criatura y de inmediato se fijó que era un varón. No había duda, pues entre las piernas le colgaba una extremidad erecta y rígida como un dedo índice. Lo envolvió en unos trapos y lo puso en la tijera. La Jacoba sudaba todavía cuando vio que acostaban a su retoño al lado de su cama.

En la mañana la partera se despidió, no sin antes recomendar unas frotadas tibias con candela de sebo para bajarle la erección al recién nacido. Se llamará Jacinto. – dijo el padre orgulloso - apurando el vaso de cususa entre los amigos que llegaron hasta la casa a celebrar el nacimiento del primogénito.

De niño, Jacinto iba creciendo con la curiosidad de ver que lucía diferente a los otros chavalos. En la escuela del pueblo se apartaba de los demás a la hora del recreo y se metía entre el monte a orinar. Su comprensiva madre, tuvo la precaución de ponerle siempre pantalones largos para evitar que su cosa en el momento menos oportuno se asomara entre el ruedo del pantalón.

Los frotamientos con sebo continuaron hasta que Jacinto tuvo ocho años; edad en que la madre vio que era inútil aquel tratamiento ya que más bien eso tenía efecto contrario pues se entusiasmaba el chavalito.

Al llegar a la adolescencia, Jacinto observó muchos cambios en su cuerpo y en su voz. Para entonces el padre lo sacó de la escuela y lo llevaba a trabajar en los cortes de algodón. Viajaban en un trailer junto a otros cortadores entre los que iban algunas muchachas con sus atuendos masculinos: camisa manga larga, gorra, pantalón y botas. A las cinco de la madrugada todos entraban al cultivo con sus sacos para iniciar el corte de la mota blanca.

Una mañana, entre las plantas de algodón, Jacinto observó a una mujer que agachada se disponía a orinar. Observó con detenimiento como se bajaba el pantalón, mostraba sus amplias caderas y lanzaba un potente chorro ámbar.

Sintió otra vez que algo crecía entre sus piernas y se acercó por detrás a la mujer. Segundos después la cortadora salía desfavorida corriendo entre los surcos, gritando lo que habían visto sus ojos. Ese día, se acrecentó la fama del muchacho en los alrededores de la Hacienda Punta Ñata, al occidente del país. Jacinto no volvió a ayudar a su padre en esos menesteres, así que permaneció al lado de su madre compartiendo los quehaceres de la casa.

El padre de Jacinto empezó a preocuparse por aquella situación que le auguraba a su hijo un futuro complicado con las damas. Decidió entonces, no sin antes consultar con la Jacoba, buscarle una mujer que pudiera soportar los embates sexuales del muchacho. Al arribar a los dieciocho años, su madre le hizo una fiesta a la que invitó a todas las muchachas de la comarca. El padre estuvo ausente ya que desde días atrás recorría en su caballo los caseríos aledaños buscando a la mujer que se arriesgara a acostarse con Jacinto. También encargó a los vendedores de telas que viajaban en mulas de pueblo en pueblo que averiguaran sobre alguna posible candidata para el muchacho.

La fiesta estuvo animada por la música de “El son de Wilfredo Galo” un músico famoso de la localidad que aceptó tocar barato pues era para una buena causa. Después de cada pieza, anunciaba las complacencias para las guapas damitas que adornaban el pereque. El bailongo era en el patio donde se habían colgado bujías de alto poder para iluminar hasta los alrededores. Una ruidosa plantita eléctrica abastecía de energía la fiesta de Jacinto, quien recorría el gran círculo donde permanecían sentadas las jovencitas de la comarca apretando con sus puños el pañuelo embebido de perfume.

- ¿Bailamos la canción que sigue? – preguntaba estirando la mano en señal de petición. - ¡Si es suelta si bailo! – respondían las asustadas damiselas sin apartar la vista del bulto que llevaba el cumpleaños abajito de la cintura. Esa noche fue para Jacinto una noche demasiado larga. Más tarde, acostado en su tijera, pensó que quizá nunca conocería el amor. El cantar de los gallos lo sorprendió imaginando las peripecias de la pasión y el sexo.

Unos días después, como a las siete de la mañana empezaron a llegar las primeras candidatas. La Jacoba se encargó de dar los números escritos en unos papelitos para garantizar el orden de la entrada. Cerca de la puerta de la casa, amarraron la hermosa vaca que sería entregada a la mujer que aceptara continuar las relaciones con Jacinto y si este le daba el visto bueno hasta podría haber casamiento. En la fila habían mujeres mayores, muchachas con sus abuelas, con sus madres o con algún pariente; y hasta unos

muchachos extraños que llegaron atraídos por la convocatoria. Al mediodía la fila era tan grande que empezaron a llegar vendedores ambulantes. De los ranchos vecinos aparecieron chavalos con latas de agua para aliviar la sed de las solicitantes. La Jacoba, personalmente hacía pasar a cada muchacha, las guiaba hasta el cuarto donde Jacinto permanecía acostado en su tijera y cubierto por una sábana. Entonces la candidata levantaba los trapos y se asomaba para destapar el bulto. Para la mayoría bastaba con mirar aquel promontorio enrollado para desistir de inmediato y salir apuradas buscando el camino de vuelta. Otras, se atrevían a acomodarse en la tijera para probar suerte, pero se arrepentían con el primer impulso. Jacinto emocionado le resultaba difícil contener la pujanza de su juventud, así que las arrepentidas mujeres se zafaban a como diera lugar y salían corriendo con los trapos a medio poner. A las cinco de la tarde la vaca seguía esperando dueño. Entonces la Jacoba anunció que se cerraban las pruebas hasta la mañana siguiente.

Al otro día muy temprano ya estaba la fila a la orilla del camino. Jacinto se preparó desde la madrugada y se echó un perfume que su madre le había comprado en Chinandega. La primera candidata entró al cuarto a las siete y salió cinco minutos después con una cara de terror. La Jacoba tomó la sabia decisión de hacer salir a las mujeres por la puerta de atrás para no alarmar a las que esperaban turno en la fila. Ese día junto a la vaca apareció un chanco, dos gallinas y un saco de frijoles, lo que hacía el premio más atractivo. Casi al mediodía, cuando la fila ya estaba por acabar, todos vieron sobre el camino una polvareda que significaba la llegada de algún vehículo. Dos camionetas lujosas se detuvieron frente a la casa. Varios hombres armados bajaron y se ubicaron en ciertos lugares. El movimiento produjo una latidera de perros y la alarma entre el montón de gallinas. Un hombre distinguido bajó de una de las camionetas y con acento delicado preguntó por el joven Jacinto. La Jacoba lo hizo pasar sin esperar, lo que despertó airadas protestas en la fila. El tipo hizo una señal a los armados para que esperaran afuera. El padre de Jacinto le dijo:

- Mire señor, sólo tenemos una vaquita y ... - el hombre lo interrumpió:
- Si me deja probar le doy cincuenta vacas! - Le dijo sin mirar de frente al viejo.

De inmediato lo hicieron pasar. Jacinto se extrañó de ver al sujeto que se le sentaba al borde de la tijera. Segundos después se oyó un grito que espantó a todas las gallinas. Los armados irrumpieron en el cuarto y salieron cargando

al hombre que se quejaba. Lo metieron al vehículo y se alejaron veloces entre las nubes de polvo. A esa hora suspendieron los intentos y la Jacoba le preparó un baño a su hijo. -¡Cincuenta vacas! Pensaba con sarcasmo.

Al tercer día no llegó nadie. Cuando la Jacoba abrió las puertas se percató que ya no había el alboroto de los días pasados. Le vino una tristeza que subió por su estómago. Pensó en otras alternativas. Se acordó de los curanderos que hablan por la radio y que todo lo curan. En eso pensaba cuando vio venir hacia la casa a una enorme mujer de dos metros y medio de estatura. - ¡Vengo por la vaca! - dijo. Era la Dominga Chavarría, una mujer acromegálica que tenía la apariencia de un gran árbol de genízaro, frondosa, con un rostro seco y de poco sonreír. Pasó al aposento y sin muchas palabras se acomodó en la tijera y procedieron al juego del amor. No hubo gritos. Solamente la risita incontenible de Jacinto quien por fin recorría los extraños laberintos de la pasión. La madre afuera estaba atenta. Escuchaba la algarabía desbordante de su muchacho. Luego escuchó cuando la tijera ya no pudo resistir el peso de tanta felicidad y se rompió estruendosamente. Nada detuvo a los amantes, quienes continuaron en el suelo llenos de tierra entregándose al buen amor. La mujer sujetaba con fuerza al muchacho quien entre las piernas de acero de la Dominga parecía más bien que lo estaba pariendo. Una hora más tarde, Jacinto salió del cuarto con una sonrisa de ángel. Se sentó en una mecedora hasta donde llegaron sus padres para saber lo que había ocurrido. Jacinto no podía hablar y no era necesario. Al rato salió la mujer enorme acomodándose el vestido. Traía un amago de sonrisa maliciosa. Se dirigió a la puerta y se echó al hombro el saco de frijoles y se fue arriando la vaca y el chanco.

- ¡Mañana vengo por las gallinas! - dijo antes de retirarse y agarró el camino.

Ese día fue inolvidable para el muchacho. Por la tarde fue a buscar madera y regresó con un cargamento de guayacán. Al asomar la noche ya estaba terminando de poner los últimos clavos a su nueva cama. Era tamaño matrimonial y llevaba unos zunchos de metal que le aseguraban soportar cualquier peso.

Al día siguiente volvió la Dominga Chavarría. Los perros asustados anunciaron con sus ladridos la llegada de la mujer. Jacinto la invitó a que se fueran a bañar a las pozas. Ella aceptó y se fueron caminando sin apuro. Pasaron toda la tarde hablando de ellos mismos. Y cuando ya no hallaban de que hablar se entregaban de nuevo al amor. Ese día la Dominga se metió para siempre en la vida de Jacinto. Al anochecer volvieron a la casa y estrenaron la cama nueva. Se amaron tanto y con tantas ganas que ni cuenta se dieron que en la medianoche el Volcán San Cristóbal estaba de nuevo vomitando cenizas desde sus entrañas.

MIRADAS QUE MATAN

El viejo pasaba todos los días por esa calle, era el vecindario del Barrio San Sebastián de Managua, donde la mayoría de la gente era acomodada. Los chavalos estudiaban en el Calasanz y los fines de semana era usual la jugadera de hand-ball. Llevaba un costal al hombro y su bastón obligatorio. Esa calle era tan especial que cada uno de sus habitantes ponía una cualidad que la diferenciaba de cualquier calle de Managua. Allí pasé parte de mi adolescencia, disfrutando las visitas de las clientas de mi hermana la costurera. En la esquina al Este vivía una señora excéntrica, Doña Concha Amador, que poseía centenares de espejos que se divisaban desde la calle, era divertido asomarse por una ventana y mirar tu imagen reflejada por todos lados. Frente a mi casa estaba “La Gaviota del Norte”, ese lugar había sido una cantina famosa de la cual sólo quedaba el recuerdo y la vieja fachada que contrastaba con las otras casas. Ahí había muchos árboles y los chavalos entraban a jugar, más aún, los hijos de los ricos que por naturaleza son torpes para trepar árboles. Creo que la imagen del viejo limosnero que pasaba todas las mañanas también era parte de la calle. Yo estudiaba en el Ramírez Goyena en el turno de la tarde, de tal forma que pasaba la mañana en casa y podía observarlo cuando se paraba en la puerta y estiraba la mano solícitamente. Mi casa se llenaba en muchas ocasiones de mujeres esperando algún vestido, mi hermana me sacaba del cuarto para que ellas se los probaran. Era la época de echar a volar las fantasías de la adolescencia y aquellas chicas eran buenas motivaciones. Aún recuerdo algunos nombres que difícilmente podré olvidar: Lea, tenía un lunar en la espalda. Vivía cerca de mi casa, una vez nos contó cuando se metió un ladrón a su casa y ella despierta pero haciéndose la dormida pasó angustiada como media hora mientras el ladrón la contemplaba pues dormía sin ropa. Janet, parecía actriz de Hollywood, vivía al otro lado de mi casa, tenía un hermano que era asmático que se pasaba el tiempo escuchando a los Creyentes de agua clara. Mirna, siempre le hacían bromas por sus enormes pechos, una vez al regresar de unas vacaciones en Estados Unidos, nos mostró el primer peinado afro que tenía el barrio. Por eso es que el viejo se tardaba en la puerta observando a las muchachas, luego seguía su ruta. A varias puertas de mi casa, había un ventanal donde el viejo se asomaba inquieto, daba unos golpecitos a la verja de hierro y esperaba. A esa hora sólo estaba la empleada, una agradable jovencita que poco a poco había hecho confianza con el viejo, ella se acercaba a la ventana al escuchar el ruido del bastón y le regalaba una sonrisa que aquel hombre

recibía como si fuera una tonelada de vitaminas. El susurraba entonces: ¡Una miradita! La chavala con precaución y malicia comenzaba a levantarse el vestido, así se iban asomando las rodillas, luego las piernas... el corazón del viejo se aceleraba a cada centímetro que quedaba descubierto, la joven hacía un poco de movimientos sensuales como si tuviera público de night club, luego asomaba la prenda íntima que cubría sus partes. Venía la parte más emocionante. El viejo observaba como su amiga procedía a bajar la prenda dejando al aire libre un manchón negro de vellos púbicos, luego empezaba a temblar quizá recordando tiempos idos. Después, la muchacha se acomodaba de nuevo la ropa y se aproximaba a la ventana. Las manos aún temblorosas del anciano sacaban del bolsillo un billete arrugado de veinte córdobas para darlo satisfecho a la dama. Esta era la parada obligatoria del recorrido.

¡Ni quiera Dios que no recogiera los veinte pesos!

Una mañana que se paró como siempre al pie de la ventana, notó que algo extraño pasaba. Después de tocar el armazón de hierro con su bastón y decir varias veces su insistente “una miradita” ... por fin la ventana se abrió. Una nueva empleada asomó su rostro, era una vieja con semblante aterrador, en cuanto vio al viejo en actitud de pedimento lo mandó al diablo cerrando de golpe la ventana. Aquello fue algo inesperado y terrible para nuestro amigo. Su viejo corazón había sufrido el mayor desencanto de los últimos veinte años. Se alejó todavía con los riales en la mano sudorosa. Los días siguientes fueron más tristes aún. El viejo pasaba y se asomaba con nostalgia a ver si aparecía la muchacha pero nada. Sólo la silueta amenazante de la nueva empleada, limpiando aquí y allá. Pasaron varias semanas y nada que aparecía la mujer. Un día ya no vimos más al viejo.

Ahora se pasaba las horas sentado en una mecedora en el patio de su casa, haciendo remembranzas de la emoción vivida en el recorrido por San Sebastián. Una mañana de diciembre, de esas en que uno amanece con todo el frío taladrando los huesos, el viejo mandó a llamar a la señora que le lavaba la ropa. Ese día le acompañaba un viejo radio Phillips, sonaba una canción de José José -“... que triste luce el día sin ti...”- Evocaba la sonrisa de la chavala y sus movimientos de cadera cuando le bailaba alegre la danza de los veinte pesos, luego el calzón bajando para dejar al descubierto los vellos negros... El viejo volvió a la realidad cuando oyó una voz femenina que le decía:

- ¡Dice mi mama que no puede venir a lavar, pero que yo puedo hacerlo si Usted quiere!

Delante de él estaba la hija de la lavandera.

El viejo recorrió el cuerpo de la chavala de pies a cabeza. Como estaba sentado le pareció una mujer inmensa. Tenía unos dieciocho años. La boquita pintada de rojo carmesí, los cabellos alborotados, una camisa ajustada que le apretaba los pezones y una faldita corta por donde salían dos piernas rollizas que el viejo observaba casi a la altura de sus ojos.

Le señaló el lavandero y le dio dinero para que comprara el jabón. La chavala regresó de inmediato y procedió a lavar la ropa. El viejo estaba a pocos metros sentado, a espaldas de donde la muchacha aporreaba los trapos. Nunca le despegó la vista. La observaba cuando se empinaba a colocar cada prensa-ropa y cuando se agachaba a recoger la ropa sucia de la pana. Se quedó extasiado viendo el vaivén de la cintura femenina al pie del lavandero. La falda se mecía con el ritmo cadencioso de la fregada de los pantalones y las camisas. Los ojos del viejo seguían clavados en el cuerpo de la chavala. Eran dos chispas que iban aumentando el incendio de la carne desde profundidades insospechadas. Aquellas imágenes trajeron los recuerdos inevitables de su muchacha la bailarina desaparecida. Una mueca casi imperceptible asomó a su rostro de piedra, era una tristeza que salía como escapándose del cuerpo, sin lágrimas, sin palabras, sin movimientos. Después los ojos se le fueron llenando de un fuego devorador y la cabeza se le puso caliente. La joven seguía lavando sin saber cuantas cosas pasaban por la mente del viejo.

- “ hoy quiero saborear mi dolor, no pido compasión ni piedad...”- insistía José José.

La falda seguía su vaivén sensual y de vez en cuando los ángulos resultaban más propicios para la imaginación. El viejo tomó una decisión. Apoyándose en su bastón se incorporó lentamente. Estaba decidido a beberla o derramarla. No podía continuar con esa cruel tortura que le oprimía el pecho. Se levantó sin despegar los ojos a la muchacha, quien de espaldas, continuaba su labor. Arrastraba cada pié que pesaban como montañas y caminó en dirección al lavandero. Como un animal que avista su presa se fue acercando. La mirada permanecía como una línea recta imperturbable desde sus ojos hasta el cuerpo de la chavala. Caminaba como en dirección a un blanco a ser tomado al final de una batalla. A cada paso la figura de la chavala se acercaba y crecía de tamaño. El viejo iba aferrado a su bastón, compañero fiel en sus últimos tiempos, de él agarraba fuerzas y valor. A pocos pasos de su objetivo su corazón se fue acelerando al mismo

tiempo que imaginaba sus manos acariciando la piel morena de la joven, la posibilidad del tacto y las caricias acumuladas por muchos años le hacían estremecer. Sentía cosquillas en la barriga y ya se miraba como en antaño confundiendo entre las sábanas del amor y el sexo.

La muchacha sintió entre las piernas algo duro y frío que le levantaba la falda, dio un giro velozmente y observó al viejo que hacía un gesto terrible de dolor. Soltó el bastón, se llevó la mano al pecho, y cayó redondo a los pies de la joven. Mientras se le iba la vida, echó por última vez una miradita moribunda al cuerpo de la muchacha. La chavala aterrorizada secó sus manos arrugadas en la falda y se agachó para ver que tenía el viejo. Sintió el cuerpo helado que ya no reaccionaba con nada. Los ojos todavía abiertos estaban fijos hacia el cielo mirando quizá pasar las nubes o esperando la venida del coche de la muerte para llevarlo al otro paraíso. La muchacha salió corriendo a llamar a los vecinos. Entre todos se hizo una colecta y se hicieron los preparativos para la vela y el funeral. Esa noche hubo jugadera de desmoche, café y guaro. Tampoco faltaron las buenas palabras que se suelen decir sobre los muertos. En el patio, en una mesa de póker varios bolos se disputaban el bastón, mientras sobre sus cabezas el viento mecía suavemente los trapos recién lavados del viejo.

Finalmente aquel grupo de presos había decidido no esperar más su prolongado intento de fuga. Eran las siete de la noche y habían terminado de cenar.

Era la primera vez que se experimentaba en el sistema penitenciario la inclusión de reos de ambos sexos; juntos en el mismo penal aunque en pabellones separados. Los reos dormían en un gran salón y no había celdas individuales. Aquello había sorprendido a moros y cristianos pero obedecía a las nuevas tendencias mundiales del manejo integral de los presidiarios. Entre las mujeres destacaba la Malucha, morena alta y musculosa, cargaba entre sus delitos la muerte de un parroquiano que había atacado a una meretriz compañera suya, fue en defensa propia alegaba siempre. La Bertilda Jackson, menuda y con ojos grandes, sólo la llamaban “La Costeña” según ella había matado a varios en Puerto Cabezas. Había otros personajes como la Tigra, la China, la Chorro de humo, la calzón rápido, la amansa-hombres ...

En esta prisión tan especial, primero comían las mujeres; se escuchaba entonces el alboroto femenino en el gran salón del comedor, eran 30 mujeres que llenaban de alegría la prisión de San Joaquín, ubicada en una zona donde la vivienda más cercana estaba a varios kilómetros. Era un sitio alejado en el rincón del mundo donde iban a parar los sentenciados a largas condenas. Los hombres marchaban después a cenar, todos convictos que se pasaban el tiempo haciendo planes de escapatoria. Encabezaba la fila de hombres el temido Calulo a quien nadie le metía las manos en el pabellón, en el otro extremo, el renco William quien siempre llegaba de último con su tun-cún tun-cún apurado. Ellos encontraban el desorden y el olor a mujer que había quedado en el comedor. De vez en cuando alguno recogía una colilla de cigarro con pintura de labios y daba rienda suelta a fantasías sexuales mientras olfateaba tan preciado objeto. Lo más cercano que un reo había visto a una convicta eran los treinta pasos que separaban ambos pabellones. De lejos varias muchachas sonreían y hacían muecas a los reos, quienes con gestos y señas enviaban mensajes de amor apasionado. Las risas y carcajadas subían de tono hasta que los guardias ponían el orden con sus silbatos.

Todos los reos habían hecho méritos de buena conducta para ser trasladados a la prisión de San Joaquín, y sabían que ante cualquier falta de disciplina tendrían que regresar a sus antiguas prisiones. No obstante, la escapatoria estaba en pie.

El plan de fuga fue idea de Calulo y contemplaba la salida por una abertura en el techo que comunicaba al corredor principal, luego desprender unos barrotes y cruzar al pabellón de mujeres hasta llegar a la pared que daba al exterior, allí sólo faltaría cavar un agujero entre todos y luego hacia la libertad. En su plan Calulo acarrea a sus compañeros de confianza, esta sería una misión peligrosa en la cual no podría involucrarse a mucha gente.

A las 9 de la noche, los presos involucrados fingían dormir. La imaginación levantó vuelo de inmediato y todos hacían planes de lo que harían afuera. El Zanate buscaría ruta hacia el sur para meterse por los montes hasta las bananeras de Costa Rica; El Ronco Pérez seguía pensando finiquitar una vieja venganza con un ex - militar de Somotillo, luego se largaría para Honduras por donde pasa el contrabando. El Negro Wilson volvería a afincarse en algún lugar remoto de la costa donde no llegasen a tentarlo los narcos. El Renco William no tenía planes especiales, cualquier cosa fuera de allí valdría la pena. Calulo habría de buscar a los miembros de su antigua banda de roba carros para buscar mercado en otros territorios. Así, cada uno echaba a volar sus pensamientos tratando de compensar tantos años de encierro. A menudo el silencio era perturbado por unos perros lejanos o por la tos del vigilante que se paseaba de un lado a otro.

A las 11 de la noche dio inicio el plan. Calulo fue desprendiendo las hojas de zinc que ya estaban flojas desde hacía semanas. En unos minutos ya estaba listo el boquete y pronto fueron pasando uno a uno por la estrecha abertura, al Renco lo pasaron entre varios cuidando que no hiciera ruido. Luego se desplazaron por el pasillo central hasta una ventana que quitaron fácilmente con una pequeña barra. En cada movimiento el Zanate y el Ronco se situaban en lugares específicos para vigilar. Cada media hora se escuchaba el silbato a lo lejos de los guardias que hacían la posta, y con más frecuencia la tos perruna del vigilante que dormitaba en las rondas.

No fue difícil llegar al pabellón de las mujeres. De nuevo comenzaron a abrir otro boquete en el techo. Todas las mujeres dormían. Cada una asumía su personal posición de dormir, unas de lado o boca abajo, apretando la almohada, boca arriba, unas con la boca abierta, otras roncando. Ninguna

estaba cubierta totalmente ya que el calor del lugar no invitaba a nadie a cobijarse. Cuando los reos en fuga penetraron al pabellón de mujeres sintieron de golpe un olor extraño pero agradable que poco a poco se fue haciendo familiar: el olor de mujer. El espectáculo fue grandioso. Decenas de mujeres acostadas en sus camas dormitando, mostrando las piernas unas, otras enseñando más arriba, todas descubiertas por los movimientos involuntarios que hace el cuerpo cuando está dormido. Los hombres quedaron observando por largo rato, distraídos por aquella escena, era natural esa emoción después de tanta abstinencia obligatoria, Calulo se acercó a una cama donde yacían apaciblemente dos largas piernas. Acercó su nariz casi al tacto y aspiró profundamente mientras recorría piernas arriba el cuerpo de la mujer dormida. La durmiente suspiró con la leve caricia y pronto la nariz que arrastraba inconsciente a su dueño hacia zonas prohibidas se dejó caer extasiada sobre las partes ocultas del cuerpo. La mujer despertó y se sentó como de rayo sobre el borde de la cama. Todos se alarmaron, entonces Calulo le cubrió la boca, otras mujeres dormidas hacían movimientos amenazando con despertarse. La mujer no gritó ni se alteró, más bien sintió una cosquilla agradable que le subía y bajaba por las piernas, Calulo también sintió el fuego del cuerpo femenino y ambos se fueron acomodando en la cama. El resto de los hombres buscaron los mejores ejemplares entre las camas vecinas y procedieron al ritual de las caricias iniciales. Las sorprendidas mujeres fueron cayendo presas de las delicias sexuales de sus repentinos visitantes. La fuga se había olvidado por el momento, mientras los cuerpos se desahogaban de tan pesada carga. En cosa de minutos, se fueron escuchando los ruidos peculiares que produce el sexo desenfrenado, nadie quería darse cuenta de lo que pasaba alrededor, pronto se escucharon jadeos, gemidos y sollozos al ritmo sexual que se incrementaba cada segundo. Otras mujeres despertaron y acudieron a solicitar un poco de sexo bondadoso, había que compartir ese momento dadas las circunstancias.

El pabellón de mujeres fue despertando y se fue agrandando la inesperada orgía donde grupos enardecidos de apasionadas mujeres sujetaban a los sorprendidos presos, otras mujeres observaban esperando el turno o animando a sus compañeras. La algarabía iba aumentando a cada instante hasta que de repente se oyó un disparo y todo fue silencio, nadie se movía. Los guardias corrían hacia el pabellón de mujeres. Los miembros del escuadrón de escape subieron sus pantalones mientras se percataban finalmente que el plan se había echado a perder. Otro disparo sonó y otro y otro más. Los guardias apresaron a los frustrados amantes y los condujeron a un lugar de más seguridad mientras las mujeres les gritaban

obsценidades. Camino a las celdas Calulo observó que faltaba uno de ellos. Revisó rápidamente sus caras tratando de adivinar al ausente. En ese instante un soplo de tristeza golpeó su corazón, quería alejar de su cabeza lo que estaba imaginando. El guardia le sujetó el brazo deteniéndole, luego lo hizo girar para que observara hacia la puerta principal. Tres guardias cargaban el cadáver del Renco William, traía la espalda atravesada por los disparos de los postas. Fue el único que siguió el plan de escapatoria y el único que fue descubierto mientras corría con gran dificultad tratando de alcanzar su otro paraíso. El resto de presidiarios vieron pasar en silencio el cuerpo inerte del renco. Al amanecer, bajo una brisa ligera, todos fueron trasladados a otras prisiones.

Hoy en día, la prisión de San Joaquín sigue su vida normal. Las muchachas me chiflan y me muestran sus piernas. Al viejo vigilante lo mandaron al sanatorio y cambiaron el techo de los pabellones. Ahora ya no se escucha el caminar apurado del Renco a la hora de la comida, pero yo aún busco las colillas de cigarros que dejan las muchachas y a veces, cuando escribo historias de presos me acuerdo del momento en que el Renco me invitó a fugarnos, la vez que me dijo que no tenía pensado lo que iba a hacer allá fuera, pues cualquier cosa que hiciera en libertad, valdría la pena.

Mi madre recibió la noticia con mucha alegría. Había sido seleccionada como miembro de la delegación que asistiría representando a Nicaragua en la gran convención centroamericana de iglesias bautistas a efectuarse en Honduras.

Para esa época yo estaba preparándome para los exámenes semestrales de la facultad y la oportunidad de quedarme un tiempo solo en casa me permitiría estudiar con dedicación exclusiva a los libros y apuntes. Hizo sus maletas, donde no podía faltar su Biblia con páginas de bordes dorados y su viejo himnario. Se despidió luego de darme cientos de recomendaciones como no bañarme por la noche, revisar bajo las camas antes de acostarme, dormir bien cobijado, ... etc., hasta terminar con su famosa frase “después de comer ni un sobre leer”. Tomó un taxi y se marchó al aeropuerto.

La semana me pareció muy solitaria sin mi madre. Extrañaba sus pasos y su forma de aclararse la garganta. El Viernes por la tarde me llamó al teléfono del vecino anunciándome su regreso al día siguiente. Llegó animada cargando unos paquetes con literatura religiosa que había adquirido en la convención.

Me trajo de regalo El secreto de la Felicidad de Billy Graham, libro que hojeo sin mucho entusiasmo pues en cada página se adivinaba el contenido de la próxima. Mientras desempacaba me indicó que buscara entre las páginas del mentado libro un papelito con un nombre y dirección. Yo leí: Susy Gutiérrez, Calle La Calzada 127-A . Los Robles, Tegucigalpa. Y agregó: - “Es una bella muchacha que conocí en Honduras, acompañaba a su madre en el encuentro y me parece que Ustedes podrían hacerse amigos. Me preguntó cuántos hijos tenía, entonces yo le mostré tu foto y le dije que pronto voy a tener un médico. Yo noté que se alegró cuando vio la foto, y hasta me pidió la dirección nuestra. Me gustaría que le escribieras.”

Así es mi madre. Rápida en el arte de hacer amistades y reconocer parientes lejanos. En cierta ocasión mientras viajaba con ella de Managua a León por ferrocarril, una señora subió en una de las estaciones y se ubicó en el asiento frente a nosotros. La señora preguntó algo y mi madre inició una larga conversación que concluyó un poco antes del final del viaje. Antes de bajarnos me indicó que me despidiera de aquella mujer pues había resultado ser mi tía Gertrudis.

Una tarde al regresar de la universidad encontré una carta de Susy. Se comunicaba con un lenguaje ameno y divertido; me daba la impresión de conocerla desde siempre. Me contaba sobre sus estudios de arquitectura y de sus propias concepciones sobre el evangelio. Me gustaba mucho la forma cómo diseñaba los sobres donde venían las cartas, ella misma los elaboraba. Las cartas venían escritas con esos lápices especiales que usan los arquitectos y en papel vegetal que se desenrollaba como un papiro egipcio, por lo tanto los sobres eran cilíndricos y muchas veces traían atados cintas de colores. Recuerdo alguna vez haber leído una carta suya de cerca de dos metros de largo. Así se nos fue el tiempo, contándonos las alegrías y sinsabores de la vida. Nunca nos enviamos fotos, para aumentar la emoción y el misterio entre dos rostros desconocidos. Mi madre se complacía siempre que me entregaba una carta y trataba de averiguar, sin mucho éxito, cómo iba nuestra relación.

En una de sus cartas, Susy me pidió que tuviéramos una comunicación extra sensorial, y acordamos que el último domingo del mes a las tres de la tarde ella se sentaría sobre su cama en posición de loto sujetando los dedos gordos de los pies, ambos haríamos lo mismo, ella allá y yo aquí. Recuerdo que pasé casi tres horas concentrándome con los ojos cerrados esperando alguna señal o una vozcita que dijera: ¡Hola, aquí Susy llamando! ... cuando no aguanté el dolor de la espalda desistí del intento de comunicación.

A fin de año llegaron las vacaciones y decidí visitarla. Nunca había estado en Honduras y pensé que sería emocionante viajar transbordando y comiendo cualquier cosa en cualquier lugar. Con suerte hasta podría ir de aventón en aventón sin afectar mi bajo presupuesto de estudiante universitario. Preparé mi viaje y notifiqué a Susy el día posible de mi llegada, compré unos regalitos y alisté mi mochila con lo que se suele llevar en estos casos: cepillo y pasta dental, una toalla, papel y lápiz, calculadora para las conversiones de la moneda, un mapa de Honduras, cámara fotográfica y la ropa indispensable.

Durante el viaje fui imaginando los posibles rostros de Susy y la forma de ser que yo me figuraba desde la lectura de sus interminables cartas. Tenía la imagen a grandes rasgos de un rostro moreno, pero su cara aún permanecía indefinida. Iba matando el tiempo comparando su rostro medio elaborado en mi mente con las caras de las muchachas que viajaban en el autobús, además me preguntaba: ¿Será gorda? ¿Flaca? ¿Alta? ¿Baja?

La cercanía de la frontera me sacó de mis pensamientos, un rumor de voces se fue acrecentando, los vendedores ambulantes se aproximaban al autobús y yo me alisté para bajar y pasar al otro lado de la línea divisoria. Iba junto a un grupo de personas que caminaban con la seguridad de estar haciendo algo muy usual. Yo estuve todo el tiempo observando para hacer lo mismo. Llegamos a la aduana y al fin entré a suelo hondureño. A esa hora una necesidad extrema de orinar se apoderó de mí. Busqué los servicios higiénicos, al encontrarlos me topé en la puerta de los baños con una jovencita con un semblante de pocos amigos, producto quizá del mal pago que recibe o por lidiar con un trabajo de tal naturaleza. “ ¡Son tres lempiras! Me advirtió de mal modo. Metí la mano en mi bolsillo y entregué el dinero. Segundos después disfrutaba del placer de ese vaciamiento tan esperado. ¡Qué alivio!

Horas más tarde llegaba a Tegucigalpa. Fui recorriendo las calles para conocer el ambiente de la ciudad, luego tomé un taxi para la casa de mi amiga. A cada minuto se reducía más el tiempo de espera para descubrir a aquella persona tan especial. “ ¡Aquí es! Dijo el hombre del taxi. Me acomodé la mochila y fui a tocar la puerta con mi corazón dando tumbos en el pecho. Sin ensayo alguno preparé una sonrisa apurada. Una mujer joven atractiva abrió la puerta. Debe ser ella ! - pensé. Al ver mi apariencia de viajero me invitó a pasar, nos estrechamos las manos y dijo:

- “Tú debes ser el muchacho de Nicaragua”

- “Y vos debés ser Susy “ respondí.

- “No, Susy es mi hermana, ya te la voy a llamar”.

La joven se perdió entre unas cortinas y yo seguía intrigado, jugando a adivinar el rostro de mi amiga. Quedé solo en la amplia sala de la casa, y pronto mis ojos fueron recorriendo cada detalle y cada rincón del lugar, queriendo con el paso de los minutos que ese sitio no resultase tan extraño. Pasada media hora ya había contado los dieciocho adornos que estaban en la sala, el número de ladrillos del piso, para lo cual primero conté la cantidad de ladrillos a cada lado de la sala y luego hice la correspondiente multiplicación, después los conté uno por uno haciendo aproximaciones donde los ladrillos eran cubiertos por los muebles, para mi satisfacción había un margen de error de tres ladrillos. Antes de buscar otro pasatiempo miré mi reloj y habían pasado ya una hora y diez minutos, entonces percibí una fuerte fragancia que iba llegando poco a poco. Parecía venir de lejos. Escuché unos pasos y las cortinas se abrieron. Entonces apareció Susy.

La imaginación me hizo colocar a dos soldados romanos con sendas trompetas anunciando su entrada. Era una chica sonriente y monumental. En milésimas de segundo observé cada espacio de su cuerpo, tenía el cabello largo y unos accesorios en su frente. Traía puestas cadenas, pulseras y aretes. Una falda larga caía sobre sus sandalias, donde se adivinaban unos pies delicados. Tenía la apariencia de una gitana. Cuando volví en mí, ella estaba extendiéndome su mano perfumada, nos saludamos con un beso pequeño y protocolario. Me invitó a sentarnos en un sofá e iniciamos una conversación un poco forzada por el reciente encuentro, era la fase de reconocimiento y de comprobación de todas las cosas que imaginábamos el uno del otro. En pocos minutos ya habíamos entrado en confianza. Me invitó a caminar y salimos a conocer los alrededores. Hablamos de tantas cosas...

Por la noche me presentaron el cuarto de huéspedes donde pasaría mis cortas vacaciones. Me acosté pensando que mis expectativas habían sido satisfechas. La chica estaba muy guapa y me gustaba mucho ese aire liberal que reflejaba en todo momento. No pude evitar esa noche hacer algunos ensayos de apasionados besos con la almohada.

Al llegar la mañana Susy ya tenía elaborado el plan de ese día. Iniciamos con un paseo por la ciudad, luego fuimos a comer al parque central, una película por la tarde y para cerrar asistimos a la fiesta de la congregación bautista. Esta agrupación religiosa había sido fundada por el padre de Susy y tenía la cualidad de ser una denominación que comulgaba con preceptos políticos de izquierda, razón por la cual no eran bien vistos por otras congregaciones. Yo me imaginaba una fiesta aburrida, llena de cánticos y alabanzas, con asistentes vestidos con mucho recato y temprano todo mundo a su casa. Toda la familia Gutiérrez estaba lista, los padres de Susy, su hermana la maestra, el hermano menor y el invitado especial: Yo. El lugar de la fiesta era cercano por lo que nos fuimos caminando. Cuando llegamos ya había gente en la fiesta. Todos mis pronósticos se vinieron al suelo pues me encontré con un ambiente diferente a lo que uno esperaría en un evento de tal naturaleza. La música provenía del fondo y hasta la calle se escuchaban los acordes de Sopa de Caracol de Banda Blanca, unas muchachas bailaban de puntillas al ritmo de "Punta" mientras las pequeñas faldas se mecían cadenciosamente. Los Gutiérrez sonrieron al ver mi cara de sorpresa. Buscamos una mesa y nos ubicamos a disfrutar la fiesta. Susy se dio a la tarea de explicarme la filosofía de la congregación, donde todos los hermanos tenían una actitud responsable y se divertían sin llegar a los extremos del abuso. Era una congregación evangélica y liberal que atraía cada día a más gente y donde la juventud se

sentía sin prejuicios ni limitaciones. Después de bailar un par de boleros fuimos a la mesa, los tragos de ron ya estaban servidos y todos departían alegremente. La maestra, a quien ya veía con cara de cuñada, se encargaba animadamente de rellenar mi vaso cuando aún iba por la mitad del camino. Era una vertiginosa carrera entre la maestra y yo, no obstante yo intentaba retirarme del juego bailando con Susy o haciéndome el desentendido, a cada momento escuchaba a mi casi cuñada invitándome a seguir con el vaso en alto. Más tarde alzábamos juntos los vasos brindando al tiempo que yo le decía: - ¡Pobres alumnos! A lo que ella respondía : ¡Pobres pacientes! Así fue pasando la noche hasta que decidimos regresar a casa. Obviamente de vuelta a casa Susy y yo caminamos abrazados al final del grupo. Ya era mi novia. En ese momento me pasó por la cabeza buscar un teléfono y llamar a mi madre dándole la noticia, pero tenía otras cosas que hacer. Esa noche nos quedamos conversando en el sofá de la sala hasta que las palabras se terminaron y nuestros cuerpos utilizaron su idioma natural. Cuando Susy advirtió el incendio que se aproximaba se retiró a su habitación. Yo me fui a dormir llevando su fragancia hasta mi cuarto que ahora me parecía inmensamente solitario.

Al día siguiente muy temprano nos fuimos a la playa. Viajamos como dos aventureros hasta la costa más cercana del pacífico. Al mediodía Susy caminaba a mi lado por la orilla del mar, lucía un fabuloso traje de dos piezas, ahora podía yo tener una detallada descripción de su anatomía. Luego de tomarnos unas cervezas, le pregunté si los nudos de las partes laterales de su bikini eran reales. Me sonrió y dijo: - ¡Si me alcanzás lo podés comprobar! y corrió por la playa... cuando le di alcance tiré del nudo y no pasó nada. Nos echamos a reír y rodamos abrazados por la arena. Pronto comenzó a atardecer sin darnos cuenta. Cerca de las cinco nos preparamos para el regreso, pero ya no había transporte alguno que nos trasladara. Buscamos un aventón y nada. Eramos dos vagabundos a la orilla de la carretera observando como entraba la noche. No muy lejos de ahí vimos un auto parqueado en un hotelito de la playa, fuimos a averiguar si viajaría más tarde y un tipo bonachón acompañado de su familia nos dijo que se iban al día siguiente y nos invitó a quedarnos en el hotel a mi "esposa" y a mí. No nos quedó más remedio que alojarnos allí esa noche. Con cara de hombre casado y responsable fui a firmar el libro del hotel, nos dieron una habitación con dos camas, la única disponible. Ambos teníamos una extraña sensación cuando entramos al cuarto, el mar se escuchaba quieto cuando abrí la ventana. Platicamos sobre cualquier cosa sentados cada uno en su cama, quizá para no dar chance a los malos pensamientos que ya se asomaban. Cuando Susy dijo buenas noches se acostó y quedó de

espaldas, observé las curvas de su cuerpo todavía con restos de arena. Me resistía a apagar la luz hasta que ella me lo solicitó y todo quedó a oscuras. Me parecía oír su respiración profunda mezclada con el rumor de las olas. Así estuve piense y piense hasta que más temprano que tarde aparecieron los mosquitos zumbando en mis oídos. Entonces me levanté en medio de la oscuridad a cerrar la ventana. Al regresar a mi cama sentí la presencia de un cuerpo arenoso, no hubo palabras. Ahora si se desataron los nudos. Entonces nos amamos toda la noche.

Esa corta temporada al lado de Susy fue inolvidable.

El último día me acompañó a la terminal de autobuses. Cuando nos despedimos me regaló un perfume. No hubo promesas. Me advirtió que pronto estaría de visita en Nicaragua para conocer conmigo todo el país. El autobús partió y Susy se fue volviendo un punto cada vez más pequeño hasta desaparecer.

Durante el viaje fui haciendo mis conclusiones y me di a la tarea de hacer una lista de los personajes principales de esta historia, así fueron apareciendo:

Mi madre, Susy, El cartero, Los padres de Susy, La hermana de Susy, La congregación, El sofá, La playa, El hotel, Los autobuses, Los mosquitos, El bonachón y su familia, y ...Yo, por supuesto.

Muchos años pasaron después de esto. Sólo me falta contarles que al regresar a casa tuve que hacer un resumen a mi madre, quien pedía los más mínimos detalles. Hice una versión modificada y suavizada de los hechos. Susy nunca vino a Nicaragua, pero siguió escribiendo varios años. En su siguiente carta me contó sobre el interrogatorio malicioso que le hicieron sus padres el día después del viaje a la playa. Me informó además que mi estadía no había producido ningún incremento en su familia.

Ah ! se me olvidaba, hay un malévolo personaje que no quise incluir en el elenco por razones obvias, se trata de la chavala de los servicios higiénicos de la aduana hondureña. La voluntaria omisión se debe a que al regreso también tuve la urgencia de pasar por dichos servicios higiénicos y ya sólo me quedaban dos lempiras. Fui directo a los baños y ahí estaba ella, con su misma cara de pocos amigos, con su mismo mal genio, arrecha de estar ahí. Cuando la tuve de frente le advertí: ¡Aquí tiene dos lempiras, yo sólo voy a orinar! Y entré sin contratiempos. Luego de sentirme liberado de

aquella carga me lavé las manos, moqué mi cara para refrescarme y frente al espejo me rocié del perfume que me había obsequiado mi amada, me arreglé el pelo y me sentí muy seguro de mi buen ángulo. Entonces como en una película vinieron las imágenes y los recuerdos de Susy, miré su rostro moreno y sus labios sensuales en el espejo. Me vi con ella caminando en la playa, en el sofá... Un viajero que entró corriendo a los baños me sacó de mis sueños. Me puse la mochila al hombro y salí del lugar. De repente a mis espaldas escuché la voz de la chavala que me llamaba: ¡Oiga, oiga ¡ me dijo. Yo me detuve y voltee hacia ella. Entonces con tono de amenaza, los ojos desorbitados y apuntándome con el índice me sentenció frente a todo el mundo:

¡Yo creo que Usted... no sólo fue a orinar!
Y me alejé de allí para ponerle fin a esta historia.

EL VIAJE DE CUPIDO

El hombre antes de ser un hombre

Era un ángel.

Ernesto Gutiérrez.

Cupido vio llegar a los invitados a su fiesta de cumpleaños y se apartó de la ventana. Se dejó caer perezoso en el gran sofá. Echó una mirada al periódico del cielo y vio su fotografía en la sección de sociales. Con un gesto de aburrimiento y bostezo cruzó las páginas. Pensó que no había nada emocionante en su vida al llegar a su cumpleaños 1,230. Afuera ya estaban listos los preparativos. Sin prisa, se metió al baño y observó con detenimiento su rostro en el espejo. Necesitaba una buena afeitada y un corte de pelo. Agitó las alas para quitarse la pereza, entonces aquel ventarrón puso a volar las cosas que había en el baño. Todo quedó tirado y poco a poco fue recogiendo las revistas, las toallas, periódicos y otros objetos. Cuando levantó los diarios sus ojos se detuvieron en las noticias que publicaban de la tierra. Leyó unos cuantos párrafos y decidió que la mejor celebración de cumpleaños era hacer un viaje a la tierra y pasar una temporada entre los mortales. Sintió una gran emoción y rápidamente se dispuso a preparar sus cosas. Empacó lo necesario en un bolso de cuero, sin faltar por supuesto su arco y las flechas doradas que acababan de entregarle. Fue a la mesa y escribió un mensaje a su madre. Luego abrió las ventanas y se fue volando contento.

Cuando Venus, su madre, entró a la habitación, todavía las cortinas eran agitadas por el viento que entraba por la ventana. Bajo un candelabro encontró el papel:

- “Regreso en cincuenta años, voy a la tierra.

Cupido.”

Antes de abandonar el cielo, pasó reportándose donde el guardia de turno o mejor dicho el ángel de la guarda encargado de velar por el orden ese día. Recibió toda clase de recomendaciones para preservar el buen comportamiento en áreas terrenales. Todo estaba en regla. Se dirigió a la puerta principal del cielo con el pase de salida. Una vez afuera, vio como se cerraban tras de sí las enormes puertas. Ahí mismo se encontró con un

mortal que iba llegando. Tenía una figura no muy común: barba, gorra de marinero y sandalias; además llegaba al cielo en una bicicleta. El extraño saludó a Cupido:

- ¡Hola, me llamo Marufa! ¿Podrías decirme si este lugar es el cielo? Llevo viajando varios días y no quisiera equivocarme yendo a parar a otro lado.

Cupido lo observó varios segundos sin responder. - De dónde vendrá – pensó, entonces respondió:

- Si, buen hombre, aquí es el cielo, podéis entrar, pero... decidme, ¿De dónde venís?

- Vengo de un país llamado Nicaragua, específicamente de León, que es el lugar donde yo vivía.- dijo Marufa.

Al ver detenidamente a aquel hombre, Cupido pensó que debía tratarse de algún santo por las barbas y las sandalias; se imaginó que León sería un buen sitio para vivir un tiempo y relacionarse con sus habitantes, que también debían ser santos como Marufa.

Hizo el esfuerzo por recordar si había estado antes ahí. Mentalmente revisó el mapa del mundo siguiendo las coordenadas, buscó algún recuerdo pero, nada. - Jamás he estado en ese lugar.- se dijo a sí mismo. - Debe ser de los países olvidados por el Padre o se trata de algún paraíso que mantienen en secreto divino.- pensó.

De pronto se escuchó un estruendo por todo el espacio. Las puertas del cielo comenzaron a abrirse. Apareció un viejo vestido de blanco, llevaba unas llaves y un gran libro. Pidió a Marufa que se identificara.

Cupido se despidió de Marufa y le dijo: - ¡Bienvenido al cielo! Se dieron la mano y Marufa le advirtió: - Si vas a León tenés que visitar PoneLOYA!

El ser alado levantó vuelo y se alejó buscando las coordenadas para descender a Nicaragua. Mientras tanto, el portero del cielo y Marufa entraban a los campos sagrados de los elegidos. El viejo contestaba las interrogantes de Marufa sobre cómo había elaborado las sandalias que llevaba puestas esa mañana.

En tanto, Cupido después de hacer sus cálculos cartográficos se lanzó a toda velocidad y en picada, dispuesto a aterrizar según sus planes en el Patio del Príncipe de la catedral leonesa. El ignoraba que el mapa consultado en el cielo era muy antiguo y no contemplaba las últimas adquisiciones que los países vecinos habían hecho del territorio nicaragüense, menos las actualizaciones del mar territorial. Esto habría de meter confusión a sus cálculos iniciales. Fue descendiendo más y más a cada segundo. La superficie terrestre iba tomando forma. Contrajo los músculos de su cara y cerró los ojos, pues le daban nervios los descensos terrenales. Sintió el impacto del choque y permaneció inmóvil unos instantes. Luego abrió los ojos y observó los alrededores. Se dio cuenta que estaba en la copa de un árbol y en una zona montañosa. Percibió un dolor agudo y notó que una rama le había lastimado el ala derecha. Bajó con mucha dificultad y trató de orientarse entre la vegetación. Como no podía volar, fue caminando sin rumbo, sin prisa, sin preocupaciones. Contemplaba la naturaleza y se imaginaba que quizá eso era parte de algún paraíso terrenal. Continuó caminando hasta llegar a una carretera, puso a un lado el arco, las flechas y su bolso, entonces se sentó sobre una piedra a descansar.

A la orilla de la carretera, sobre el camino, Cupido divisó una carreta que se acercaba. Dos de sus ocupantes eran niños, miró asombrado que tenían alas como las suyas, otro vestía una túnica y en su rostro habían pintado una graciosa barba. El sujeto que guiaba los bueyes miró a Cupido y le preguntó con gesto amistoso: - ¿Usted también va a las posadas amigo? - ¡No! Respondió el ángel. – Voy a León, a buscar el paraíso. El campesino sonriendo le aconsejó: - Pues agarre un bus, porque lo más cerca de aquí es El Sauce, que es adonde yo voy.

La carreta se alejó. Cupido sacó del bolso una frazada y se cubrió las alas. Hizo una mueca de dolor por el ala golpeada y se acomodó de nuevo sobre la piedra. Al rato escuchó el motor de un vehículo y vio aparecer un bus con el letrero “León-San Isidro”. Agitó la mano en señal de parada y abordó el vehículo.

Se sentó al fondo y colocó bajo el asiento sus pertenencias.

El cobrador se aproximó y le indicó que debía pagar. No traía efectivo. Entonces decidió probar si aún conservaba sus poderes. Miró al cobrador fijamente a los ojos y sopló muy suave su corazón. El muchacho sintió algo extraño que le recorría el cuerpo, entonces hizo una leve caricia a los cabellos de Cupido diciéndole que no se preocupara que él pagaría el pasaje. Más adelante, le dio unas rosquillas, una gaseosa, y le brindó

muchas atenciones que terminaron cuando aquel ser con alas se echó a dormir como un bendito.

El bus se aproximaba a León cuando el alado despertó. Notó que había un cojín bajo su cabeza. Se asomó a la ventana para ver el paisaje y dio un sobresalto cuando leyó el rótulo de una casa que decía: “Auto-Hotel El Paraíso” . – No cabe duda. Pensó. Aquí debe ser León. Más tarde llegaron a la terminal. Bajó del bus. El cobrador le ayudó insistentemente a bajar su bolso. Caminó desconcertado tratando de acostumbrarse al bullicio. Hacía siglos que no miraba tanta gente. Los vendedores le asediaban:

- ¿Quieres probar suerte mi amor? Dijo una señora mostrándole la lotería.
- ¡Las plumas! ¡Las plumas! Pregonaba un tipo que vendía lapiceros. Cupido tocó sus alas con disimulo. Todo estaba en orden excepto por el ala lastimada.
- ¡Deme un peso señor!
- ¿Vas a llevar comida amorcité?

Caminó aprisa queriendo salir del sitio. Unos chavalos lo seguían para tocar el arco y las flechas. Observó al otro lado de la calle la existencia de un bar. Entró rápidamente como buscando refugio. Fue a una mesa y puso en el piso sus cosas. La música ranchera levantaba el ánimo a los clientes y todo era diversión. Tuvo la sensación que todos los presentes estaban felices. El mesero llegó y Cupido ordenó sin vacilar:

- ¡Una cerveza!

Echó un vistazo a su alrededor con detenimiento. En la mesa vecina, tres mujeres se deleitaban contando sus historias de amor al calor de los tragos. Al fondo, cuatro amigos brindaban junto a una dama.

El mesero llegó con la cerveza y Cupido pidió la siguiente. Mientras saboreaba, Una muchacha llegó hasta su mesa y le dijo:

- ¿Una raspadita mi amor? Él quedó mirando a la joven.
- ¿Vos no sos de por aquí, verdad?

El rostro de la mujer le recordaba a las vírgenes del cielo. Tenía los ojos claros, el pelo ondulado y su cara parecía salida de un calendario.

- ¿Entonces amorcité, me vas a comprar una? – continuó la vendedora.

Recordó Cupido que no traía dinero. Se le ocurrió una forma de comprar utilizando sus poderes. Tomó las tarjetas y pasó su mano despacio por encima de cada una. Miró embelesado a los ojos de la joven y le señaló: - Dame esta. Luego procedió a raspar la tarjeta. – ¿Tengo premio? Preguntó haciéndose el ingenuo. La muchacha le afirmó con sorpresa: - ¡Te ganaste cincuenta pesos! Cupido le insinuó una invitación a comer algo. - ¡No puedo! Contestó ella. Mi marido me está esperando afuera. La mujer se retiró. Vino otra cerveza. Luego la siguiente, y pronto sintió deseos de ir al baño. Entró al servicio y procedió a orinar. Movié las alas y sintió que el dolor había disminuido. Cupido salió del baño cubierto por la frazada y pidió otra cerveza. Puso con calma el arco sobre la mesa y ordenó la cerveza dieciocho. Cuando el mesero trajo la cerveza, Antonio Aguilar en la roconola ponía el fondo musical a la diversión: - “ Ay, Diosito! Si borracho te ofendí, en la cruda me sales debiendo...”-

Las mujeres de al lado invitaron a Cupido a su mesa. El recogió sus cosas y se trasladó sonriente. Tocó la frente a cada una con su índice y agregó:

- ¡Marlene! , ¡Julia! , ¡Luisa! –

Hubo silencio y luego una explosión de risas. Estuvieron conversando y pidiendo consejos a Cupido, quien luego de tantas cervezas, lanzó flechas a diestra y siniestra. Una de ellas fue a parar al pecho del cajero, quien de inmediato gritó a la clientela:

- ¡Beban, Todo está pagado! -

Otra se fue a alojar en la espalda de un cobrador de la empresa de energía que pasaba por la calle, éste procedió a repartir el dinero recaudado entre los vagabundos que merodeaban la terminal de transporte.

La segunda vez que Cupido fue al baño, sintió que todo daba vueltas. Regresó mostrando las alas desplegadas y echó a volar torpemente sobre las mesas. Decidió bajar cuando sus alas rozaron un abanico del techo. Se despidió de sus amigas, de los borrachos, de los dueños del bar, de los vendedores ambulantes y recogió el arco y el bolso. Abandonó el lugar entre los aplausos de la concurrencia. Caminó tambaleándose hacia el este de la ciudad cuando la noche ya era dueña del tiempo.

Al amanecer, Cupido yacía acostado en una banca del parque cercano a la terminal de buses. Unos chavalos traviesos le arrancaban plumas y le levantaban los párpados. Otros intentaban inútilmente levantar su pesado arco.

Unos periodistas aparecieron ante aquella escena, eran Armando Quintero, Jorge Luis Calderón y Marcos Guevara, quienes se dirigían a una radio local a transmitir el noticiero matutino.

- ¿Y éste quien será? – preguntó Calderón a Guevara.

- Acordate – replicó Quintero, que nosotros hacemos periodismo investigativo, veamos si anda alguna identificación para averiguar de quien se trata.

Cuando se acercaron al ser alado, un gran remolino invadió el parque. Las hojas de los árboles y algunas plumas eran levantadas por los aires. Junto a Cupido apareció Marufa en su bicicleta. Saludó a los periodistas, tomó a Cupido y se lo echó al hombro, recogió el arco y se alejó pedaleando entre las nubes. Los hombres de prensa corrieron hacia la radio a dar la primicia, en el parque, los curiosos no dejaban de especular mientras lentamente caían las últimas plumas suspendidas por el viento.

TRADUCCIÓN EN CUBA

A la memoria de Francisco Arguello

Religiosamente yo visitaba el Hotel Habana Libre cada mes para telefonar a mi mujer en Nicaragua. Había una rutina elaborada por la fuerza de la costumbre. Empezaba tomando el autobús desde la zona de Arroyo Naranjo hasta el Habana Libre. Muchas veces me acompañaba mi amigo venezolano Alfonso Salazar, de quien disfrutaba sus historias sobre el deporte y sus ilusiones de escribir una novela sobre un equipo de basquet ball de Caracas. Sabía tanto sobre deportes que una vez me preguntó si yo conocía a un tal pitcher nicaragüense llamado René “El Ñato Paredes”, me contó las hazañas de El Ñato en el equipo Magallanes hacía muchos años. Se sorprendió cuando le dije que El Ñato era mi amigo y que tenía una pulpería en un barrio de León, donde entre otras cosas vendía ron, aceite, gaseosas, café, cigarrillos, etc.

En el Habana Libre, Alfonso y yo visitábamos la estación de telecomunicaciones, ahí pedía mi número en Nicaragua. Reloj en mano hablaba seis minutos que parecían segundos, queriendo hablar de tantas cosas. Para evitar entusiasmos desmedidos aprendí a elaborar una lista sobre los temas a tratar en las llamadas y así lograba gran precisión para ahorrar unos cuantos pesos. Después de hacer la llamada íbamos a la tienda diplomática del hotel a buscar cervezas y nos sentábamos a charlar en el lobby.

Por esa época aprendimos a identificar a las chicas que llegaban a pescar extranjeros. Les decían “jineteras” según nos informaron unos amigos cubanos. Ellas primero te identificaban por alguna característica que sugiriera que no eras nacional, ya fuera el acento o si te observaban consumiendo productos extraños como cigarrillos Marlboro, cervezas Budweiser, o cosas similares. Luego se acercaban y te pedían que le encendieras un cigarrillo o te preguntaban algo para iniciar una conversación.

De vez en cuando uno podía encontrar a algún nicaragüense que andaba por ahí celebrando cualquier cosa. Era fácil identificar a un compatriota por el uso indiscriminado de ciertas palabras utilizadas a veces para saludar, a veces para ofender. Entonces te acercabas y le lanzabas a quemarropa una frase como: – “¿Ideay jodidó, de donde sos vos?”- De inmediato se iniciaba una animada plática entre el ir y venir de las cervezas y los viajes al baño.

Era divertido visitar el Habana Libre y ocasionalmente tener la oportunidad de ver a algún personaje o disfrutar con amigos en la barra circular del bar del segundo piso. Allí servían todo tipo de cocteles: el Cuba Libre, el Margarita de Hemingway, el infaltable Mojito cubano, el Bloody Mary, y otros más que brillaban en las bandejas de los bar-tender. También era frecuente escuchar a los músicos del bar interpretando danzones o boleros inolvidables. Los cubanos llegaban con sus mujeres de grandes caderas a pasar un rato agradable bailando y tomando ron.

Aquella tarde del sábado me dirigí al mismo sitio a pedir mi llamada. Hablé con mi mujer y en los seis minutos me puso al tanto de muchas cosas. Me contó sobre el trabajo, la política y las nuevas peripecias que estaba aprendiendo nuestro pequeño Víctor. Todas las noticias eran buenas y había que celebrar después. Pagué a la operadora y me encaminé a la tienda del hotel por una cerveza. Resultaba agradable sentarse en aquellos cómodos sofás del lobby con una lata de cerveza y mirar pasar a las personas: chinos, árabes, gringos, blancos y negros, sucios y limpios, gordos y flacos; todos con su cámara y su cara de curiosidad y misterio, pero luego eso te cansa, entonces no te queda otro camino que poner el pensamiento en la gente que uno ama, que extraña y que no puede ver. Los recuerdos empiezan a fluir vertiginosamente y soñas que al día siguiente vas de regreso a tu país y planeas que vas a hacer a tu llegada, a quien visitarás, a donde irás, como compensarás el tiempo ausente con tus seres queridos, con tus amigos, preguntará por aquellos que ya nunca más verás, recuerdo cuando me contaron la noticia de la muerte de Alejandro El Bash, o la muerte de Francisco Argüello, mi amigo que usaba un bigote estilo Hitler y que siempre ponía música de Santana en la vieja roconola de la Sopa Las Antillas.

Los recuerdos son una pesada carga cuando uno esta fuera. Así se pasan los días. Por eso una cervecita no viene mal para apurar al calendario.

En eso estaba cuando frente a mí pasó una esbelta mujer. Blanca, unos veintiocho años, vestido corto ajustado al cuerpo, piernas largas de catálogo, cartera de colgar sobre su hombro, maquillaje discreto, perfume suave y un rostro atractivo. Me preguntó si llevaba cigarrillos. - No, le respondí. Tratando que el “no” no la fuera a lastimar. Se sentó a mi lado. Con su mano izquierda acomodó su pelo detrás de la oreja y me disparó la segunda pregunta: ¿Eres de Venezuela? - ¡No! ¿De Colombia? - ¡No! ¿Peruano? ¡Tampoco! Me quedó observando como buscando algo que me identificara. ¿Dominicano? ¡No!. Ya sé, me dijo. - Eres de Puerto Rico - .

Entonces fingiendo acento cubano le dije que yo era de Santiago de Cuba! ¡Cosa más grande caballero! La muchacha se rió a carcajadas echándose hacia atrás. ¡No puede ser! Me dijo. No paraba de reír. Yo me puse serio y agregué: Te voy a decir la verdad. ¡Soy mejicano del puro Jalisco! ¿A poco no lo habías notado? Ella no sabía que pensar. De repente se puso muy seria por tanta confusión. Se habrá enojado pensé. No me quedó más alternativa que decirle la verdad. Así que le eché mi historia del exilio académico que estaba viviendo en Cuba. Me dio la impresión que cuando supo que yo era nicaragüense se vieron frustrados sus anhelos económicos de ese día, no obstante me pidió que la invitara a alguna parte o a pasar la noche juntos. Sacó de su cartera una polvera y se retocó las mejillas. Yo aproveché el momento en que ella se arreglaba frente al espejo para declararme en quiebra. Para ella era comprensible mi situación conociendo las dificultades económicas que pasan en Cuba la mayoría de los nicas que llegan a la isla a realizar estudios. Cuando terminé mis argumentos hubo un silencio prolongado. No sé cuanto tiempo se quedó sin hablar. Fue entonces que un tipo con un atuendo extraño se me acercó y me preguntó en inglés.

- Excuse me, Do you know where's the toilette? Ah! Los baños... le dije.
- It's over there! Y le señalé la dirección de los servicios higiénicos.

El hombre parecía palestino. Llevaba un traje largo, una bufanda y en su cabeza un diminuto sombrero sin alas. Me dio las gracias y se dirigió al baño.

La muchacha se quedó mirándome. ¿Hablas inglés? Me preguntó. Yo le respondí con un sonoro Yeesssss! Me levanté, estiré los brazos y antes de despedirme le pregunté su nombre. Migdalia, me dijo. ¿Migdalia qué? Le insistí. Como si fuera a utilizar su nombre en el futuro. Migdalia Gómez dijo, con cierta decepción y tristeza de despedida. Me alejé en dirección del bar.

Los músicos estaban comenzando a tocar. Así que tomé un lugar en la barra circular y pedí al cantinero un Cuba Libre. Eché un vistazo a mi cartera para asegurarme del capital que me acompañaba, cinco dólares y quince pesos, eran suficientes para una buena sentada. La música iba entrando suave por mis oídos, se deslizaba jugueteando con caricias hasta mi cerebro: “contigo en la distancia amada mía estoy...”

Estaba empezando a saborear el segundo Cuba Libre cuando miré que se acercaba la chica del lobby, buscaba insistente a alguien entre la gente. Debe andar buscando con quien pasar la noche, pensé. Sin embargo se fue directo hasta donde yo estaba, me sujetó el brazo y dijo:

- ¡Quiero que me hagas un favor! -
Yo me apresuré recordándole: - Ya te dije que yo no...

- ¡No se trata de eso! - Me interrumpió.
- Quiero que vengas conmigo al lobby y me hagas una traducción - me solicitó con un semblante de súplica e inocencia.
- ¿De qué se trata? – pregunté lleno de curiosidad.

Antes de cualquier respuesta abrió su cartera y extrajo un billete de diez pesos que colocó tímidamente bajo el vaso que yo tenía frente a mí. Me echó el brazo al cuello y agregó en un susurro: - Allá te explico - Bajamos al lobby y fuimos al mismo sitio donde habíamos estado conversando. Ahí la esperaba el tipo de apariencia árabe. Le extendí la mano como saludo y le pregunté si había encontrado los servicios higiénicos. Me respondió afirmativamente. Nos sentamos y yo quedé en el centro de aquella singular pareja. Mi amiga me indicó:

- Pregúntale si quisiera salir conmigo.

Ahora me estaba enterando sobre la tarea que me esperaba. Fui escuchando mentalmente las palabras y debía procurar hablar pausado para facilitar la comprensión, también tendría que auxiliarme haciendo gestos y señales con las manos. Aquí voy...

- My friend ...
- ¿Cómo es que te llamas? – le consulté a ella.
- ¡Migdalia! – contestó emocionada.
- My friend Migdalia... wants you... to know if you would like... to have fun with her?
- Oh ! Sure ! Sure ! – contestó interesado.
- Dice que sí – le comuniqué.
- Pregúntale si quiere ir a bailar – indicó.
- Do you wanna get dancing tonight?
- Yes, Of course!
- Dice que sí – le confirmé.

Luego me pidió que indagara sobre el tipo, entonces pregunté:

- My friend wants to know what about your name, your job, your country... –

El hombre dijo llamarse Abdul Ahmed, pariente de un diplomático acreditado en La Habana y estaba de vacaciones. Soltero, había estudiado geología y se dedicaba a la exploración y perforación de pozos. Cuando transmití toda la información mi amiga saltaba de alegría. Sacó nuevamente su polvera, se miró al espejo y arregló su cabello. Se puso de pie muy animada y acercó su brazo a Abdul invitándolo a partir. El, muy sonriente, accedió cruzando su brazo por el de ella. Antes de marchar, la muy pícaro se me aproximó, estaba feliz, me dio un beso tierno en la mejilla y dijo:

- Gracias ... – y quedó pensativa tratando de adivinar mi nombre. Me di cuenta en ese instante que nunca se lo dije. Entonces le señalé con voz segura:

- Me llamo René... René Paredes.
- ¡Gracias René! – me dijo. Y se alejaron a disfrutar de una noche de sábado que apenas comenzaba con todas sus luces en La Habana.

Me quedé parado en el mismo sitio viendo como se alejaban contentos. Tuve la sensación de haber hecho mi buena obra del día. Entonces, con la satisfacción del deber cumplido di la vuelta y regresé al bar, a ver cuánto quedaba de mi Cuba Libre.

Pablo despertó aquella mañana de diciembre con el mismo ruido que hacía la gente del mercado. Se sentó al borde de la cama y le pidió a Dios que lo cuidara ese día. El no era un hombre religioso, pero desde pequeño su madre lo llevaba a la iglesia bautista donde aprendió a no arrodillarse ante las imágenes ni a creer en los santos. Por eso se enojaba y profería insultos contra el alcalde cuando se enteraba que de los impuestos se compraba la pólvora para las festividades de los católicos o cuando a la medianoche era despertado por el sonido incesante de una sirena, entonces se agarraba los cabellos y gritaba: - Va entrando la virgen ¡ Va entrando la virgen ¡ Ya no se diga cuando saltaba de la cama a las cuatro de la madrugada asustado por las veinti-tantas detonaciones en honor a la virgen, que hacían caer en su rostro puños de arena del Cerro Negro que aún quedaban en el techo de su casa. Cuando terminó la oración se metió al baño. Llevaba siempre su pequeño radio para oír las noticias de la mañana.

Aquel hombre llamado Pablo tenía 40 años y una especial relación con Dios. Le hablaba como a un viejo amigo y le pedía ayuda para todo lo que debía hacer cada día, desde encontrar un taxi al salir a la puerta hasta rogar encarecidamente que al bajar no estuviera lloviendo. En más de una ocasión, cuando Pablo tenía una cita de amor, le pedía a Dios no desbordarse al primer intento o encontrar los puntos más excitantes en su pareja y dejar a su amante complacida tras los estertores de la pasión. Así era Pablo de amigo con Dios y Dios le entendía y le ayudaba a cumplir sus deseos, total era por una buena causa.

Esa mañana, Pablo salió de la ducha con la plena confianza que contaba con la protección del altísimo. Se marchó al trabajo. A la hora del café como era la costumbre, los empleados conversaron sigilosamente sobre el último escándalo de corrupción del gobierno liberal, luego todo transcurrió con la normalidad de siempre. Al llegar las cinco de la tarde, el viejo reloj anunció el final de la jornada de trabajo. Los amigos de Pablo hacían planes pues era viernes y había que empezar temprano el fin de semana. Pablo se unió al grupo, no sin antes pedir a Dios que le fuera bien en aquella jornada de tragos y diversión. Más tarde la noche se fue haciendo vieja y casi al amanecer los amigos dejaron a Pablo cerca de su casa. Con paso tambaleante fue buscando las referencias necesarias para orientarse y poder llegar. Cuando estaba a una cuadra de su destino, un grupo de

maleantes lo interceptó; lo despojaron de su cartera, el reloj, los zapatos... y como los borrachos son valientes quiso defenderse de tal agresión. Un helado cuchillo se hundió varias veces en su abdomen, al final quedó tirado en la calle sintiendo que la vida se le escapaba poco a poco y peor aún, abandonado por Dios.

Un mes después, Pablo aún no se acostumbraba a defecar por aquel orificio que conectaba a una bolsa plástica, pero no le importaba, a fin de cuentas seguía vivo. Además, al momento de la operación los cirujanos extirparon de su intestino una masa que resultó ser un tumor maligno, descubierto a tiempo gracias a la puñalada que recibió aquella noche. Cuando le dieron la noticia, miró al techo, guiñó un ojo agradeciéndole a Dios – su cómplice – y acarició suavemente el cabello de Maria Eugenia, la más bella enfermera del hospital de León, mientras sonreía y pensaba: ¡Qué maravillosa es la vida y que sorprendentes son los caminos del señor!

UNA CARTA EN LA BASURA

No me lo van a creer. Uno de estos días de Enero en que uno tiene tantas necesidades económicas por fin llegó el esperado día de pago. Recibí el cheque con mucha resignación sabiendo que lo debo casi todo. Esperé el mediodía para ir al banco. Salí apurado y me dirigí hacia el centro de la ciudad, no sin antes pasar por el Parque de los Poetas comprando una gaseosa en bolsa para mitigar el hambre que a esa hora se acrecienta. Seguí caminando aprisa y chupando la bendita pajilla. En el camino saqué de mi cartera la cédula para llevarla a mano al momento de penetrar al banco. Eran como las doce y cuarto cuando pasé la puerta de cristal y divisé la fila de clientes que ya era enorme. Entonces tomé mi lugar y revisé mi cheque y la ced... la cédula... ¿y la cédula? ¡No traía la cédula! La desesperación se apoderó de mí. Revisé todos mis bolsillos y nada. Fui retrocediendo con la mente todo el recorrido hasta llegar al banco y... ¡Zas! La única posibilidad era que al momento en que tiré la bolsa vacía de la gaseosa en el depósito de basura también haya tirado la cédula. Me fui corriendo hasta el sitio e introduje mi brazo por la estrecha abertura hasta tocar el fondo del cilindro de basura. Al tacto iba explorando y tocando toda clase de cosas. Sin éxito saqué mi brazo. Mi mano estaba llena de desperdicios de comida, salsa de tomate y cosas similares. Seguí buscando hasta que logré agarrar varias cosas, entre ellas algo que parecía mi cédula. Saqué mi mano y ahí venían: un lapicero viejo, una caja de chicle vacía, un papel arrugado y... mi cédula ! Volví a meter a la basura el lapicero y la caja de chicle y tomé el papel para limpiarme la mano de tanta porquería. Cuando abrí el papel arrugado noté que se trataba de una carta. Comencé a leer por simple curiosidad aquel papel todo embarrado de comida y me encaminé de regreso al banco. Aproveché la larga fila de gente para leer toda la carta que iniciaba así:

León, 28 de Diciembre de 1999.

Mi querida Pilar:

Tan sólo han pasado unas horas desde que me dijiste que ya no querés nada conmigo. Tengo roto el corazón y se ha apoderado de mi una infinita tristeza, de esas que duran toda la vida. Llegaré a anciano y me da más tristeza saber que nadie lo va a notar porque todos los ancianos son tristes. Pero ahí estaré en un rincón pensando en vos.

Estoy escribiendo estas letras casi en la medianoche, después de haber recorrido muchos bares donde estuve pensando lo que ahora te escribo. Estoy en el mismo sitio donde te conocí y nos amamos, con tu fantasma a mi alrededor e imaginando inútilmente que estas detrás de mí sentada y que de repente te vas a levantar y me abrazarás por la espalda me acariciarás el pelo hasta terminar con un beso tierno y delicado... pero ahora sólo me quedan tus recuerdos: Tus labios rojos pintados en las tazas y los vasos, tu cara asomando por la ventana, tus historias de Frida Kahlo, también recuerdo aquella vez que te perdiste varios días y regresaste como siempre, o cuando bailamos aquella canción Lonesome Town que dice que “Hay un lugar donde los que aman llegan a llorar sus penas. Y ellos le llaman la ciudad solitaria, donde se quedan para siempre todos los corazones destrozados” ... todo eso ya lo mandaste al pasado.

Todavía hace rato caminábamos juntos por la calle. Nunca me imaginé que me trajiste al bar de Cucaracha sólo para decirme que íbamos a terminar. Nunca me había echado unos tragos tan amargos. Recuerdo que allí me preguntaste: ¿Diego, me vas a odiar? Pues ahora te respondo Pilar! Nunca podré odiarte. ¿Sabés por que? Porque yo ya te amaba antes de conocerte. Yo amaba a un ser indefinido, sin rostro, con tus mismas cualidades y pensamientos, con todas esas cosas que me iban sorprendiendo cuando las descubría en vos. Siempre te voy a amar, porque cuando llegaste a mi vida, ese ser indefinido tuvo un rostro, una voz, una piel, y se hizo real. Ahora ya se fue, pero sigo amándote y esperando que vuelvas a hacerte real, no se como será en el futuro tu nuevo rostro, ni tu voz, ni tu piel, ni tampoco si tendré que esperar cien o mil años para que regreses.

¿Sabés una cosa? Después que me abandonaste en el bar, me quedé pensativo, me terminé la botella y me fui a otro lugar. No se si podré volver alguna vez al Bar Cucaracha porque seguramente me estarán esperando los recuerdos de esta despedida. Iba pensando y cruzaba las calles sin

mirar. Al costado sur del Parque La Merced miré un bar con un letrero luminoso que decía “Abierto” y entré para ahogar mi pena. Me senté junto a las ventanas de vidrio para ver pasar a la gente. Quizá para no pensar en vos, pero fue imposible. Me quedaba ido mirando a lo lejos, tal vez para verte pasar entre la muchedumbre. No sé cuantas cervezas tomé pensando en vos. Sólo recuerdo que vi pasar a tanta gente, entre los que están: Mi amiga La Johnny, Neddar Sirias en su moto, la dueña de Laboratorios Galo, el procurador Arana, la doctora Maglioni, Doña Sandra Argüello la mamá de Luis Carlos, el famoso pintor Pablo Cristo Blamis y su amigo Ramiro Munguía grandes artistas los dos, Julio Loco siguiendo a unas muchachas, Luis Felipe Pérez el ex alcalde, el Doctor Luis Tercero y el poeta Pichardo platicando de literatura supongo, Don José Carera con sus libros de música, Julio Vallejos gran catcher, Arturo Molieri gran gallero, Doña Leonnie, extraordinaria mujer, Don Julio foto con su cámara, el Doctor Orlando Morales con su pequeño bolso para anestesiar, Don Armando Quintero con Marcos Guevara, me imagino que buscando noticias, la Mabel en su bicicleta, el infaltable Ronco Núñez, el muchacho que pasa vendiendo el Nuevo Diario por mi casa, el anciano que cobra el agua, el joven periodista que sólo transmite noticias de la iglesia y del Partido Liberal, aquel gordito policía de tránsito... aquel muchacho mongolito que siempre anda un maletín. Como verás a estos últimos no les conozco el nombre pero los he visto de cara. También vi pasar a gente en grupos, como varias muchachas que salen de trabajar de los bancos y se van platicando, digo que son de los bancos por el uniforme, también miré a chavalas adolescentes de esas que salen a pasear y que son todas de la misma edad, del mismo tamaño, de la misma clase social y de la misma familia. Creo que la mitad de León pasó por esa calle. Y yo besando mi cerveza. No supe si en el bar se dieron cuenta que yo traía semejante cabanga. Entonces Pilar, una lágrima fugitiva se quiso asomar cuando estaba con la mirada perdida viendo hacia la calle, pero no la dejé escapar. Uno aprende sus trucos con los años. Y me pregunto ¿Por qué fuiste tan cruel? Yo en tu lugar, te hubiera mandado al diablo dentro de un mes, te hubiera tenido engañada mientras pasa la Navidad y el año nuevo. Pero parece que tenías prisa. Tal vez obedeciendo aquello de Año nuevo, vida nueva, amor nuevo.

Más tarde miré alrededor y observé únicamente a un tipo solitario en su mesa. Pensé que podía estar pasando lo mismo que yo. Tuve ganas de invitarlo y que juntos hiciéramos un brindis: ¡Por ellas aunque mal paguen! Creo que los bares deberían tener una atención personalizada a los clientes que llegan sufriendo una cabanga o al menos un salón exclusivo para acabangados con música de cabanga, donde todos nos demos ánimo unos a otros y un descuento especial ya que uno bebe más de la cuenta.

Y ahí estaba yo... solo con tus recuerdos.

Cuanto amor y cuanto dolor habita hoy en mi corazón. Será cierto Pilar, eso que leí una vez en un libro que... “el pensamiento humano es tan inexplicable como el amor es tan impredecible” No lo sé, no lo sé. A lo mejor.

¿Qué más puedo decirte? ¿Que intentaré regresar al Bar Cucaracha disimulando que todo sigue igual? ¿Que dentro de unas semanas ya te habré olvidado? Por eso he decidido tomar este dolor, clavarlo en la pared y burlarme de él.

Gracias por todo Pilar.

Y más por abrirme la puerta del paraíso... aunque no haya podido entrar.
Te amaré siempre

Diego

... Así termina aquella carta que encontré en la basura. Salí del banco y me fui a la oficina, puse la carta en medio de unos libros para desarrugarla. A veces la leo a mis amigos para invitarlos a que no se dejen llevar por las emplumadas alas del amor. Si alguno de ustedes conoce a Pilar, no le cuenten esta historia. Y si conocen a Diego díganle que su carta está bien guardada y que pase por mi oficina para ir una tarde a echarnos unas copas al Bar Abierto donde yo también brindaba por ellas, aunque mal paguen, aquella tarde de aquel día de nosotros, los Santos Inocentes.

Las Cañitas es un pueblo olvidado de Nicaragua. Aquí no llegan los periódicos. No hay luz eléctrica, agua, ni teléfonos. Hay una escuela, una iglesia, la barrera de toros, chinamos, putas. Un sólo televisor blanco y negro que funciona con una batería de carro de 12 voltios, no hay correo, no hay molino. En un tercio de las casas se elabora cususa de atado de dulce. Parece un pueblo del oeste, la gente usa pistolas y prefiere andar en mula que en caballo pues la mula resiste más. Hay cerveza y coca cola, pero se beben calientes. En invierno es puro lodazal y en verano abundan los polvasales. A las cinco de la mañana las mujeres se van a acarrear el agua, después de llevar el ganado a pastar. Las fiestas se hacen con candiles y una grabadora Nacional de cuatro baterías.

Juan Burula es dueño de uno de los tres buses que acarrean gente. Sale a las dos y media de Las Cañitas, su ayudante es Güirila, también lleva a Víctor, su hijo, quien conduce a toda velocidad por pendientes bordeadas de abismos, la gente se persigna para llegar a salvo. Antes no se viajaba los jueves pues los malos espíritus ocasionaban ponchones de llantas o asaltos de camino. El bus lleva desde chanchos, perros, gallinas... hasta cuajadas, sacos de frijoles y otras cosas.

Toño Bermúdez, el hijo de la Balbina Salgado, se robó a la Ana Julia a las ocho de la noche. El papa de la Ana Julia es Chico Blanco quien vivió con la Balbina hace años.

La Ana Julia es linda y frondosa. Cuando Toño hizo el plan para robársela hubo una confusión, entonces vino Leandro, conocedor del plan y aprovechándose tomó su lugar. El sitio era muy oscuro. Leandro agarró del brazo a la Ana Julia y se fueron por el camino. Cuando por fin la chavala oyó la voz del impostor le dijo: ¡Vos no sos Toño! el hombre la quiso violar ay nomás pero ella huyó. En la carrera se le reventó una chinela y también dejó tirada una pintura de labios que después el impostor mostraba como trofeos de guerra. En el pueblo todo mundo la buscaba. La Ana Julia no volvió a su casa pues había quedado bien revolcada, sino que se fue a la casa de un tío de Toño, aquel que no había asistido a la cita. A pesar que la casa del tío de Toño quedaba frente a la vivienda de la Ana Julia nadie sospechó nada. Ya entrada la noche, el tío se fue con la chavala a dejársela a Toño, se la dio en bandeja de plata y bien bañada.

El doctor Ramírez era enamorado de la Ana Julia desde que llegó a Las Cañitas a hacer su servicio social. La noche de los sucesos aquí narrados él le iba a poner serenata y la iba a pedir en casorio. Se dio cuenta de todo cuando el vendedor de telas que viaja por los caseríos desde Las Quebradas, pasando por Tomatoya, Las Palomas, Los Arauz, y otros lugares, se dio cuenta del alboroto y le contó al doctor Ramírez, quien estaba de paso por Las Lagunas, sitio cercano a Las Cañitas. Ramírez llamó por radio al puesto de salud preguntando si era cierto que se habían robado a su amada. Luego de tanto insistir con las frecuencias oyó el ruido de la estática y una palabra que por estar repetida le rompió dos veces el corazón: ¡Positivo Positivo!

Esa noche no durmió y se quedó afuera en una mecedora pensando en la Ana Julia. A las cuatro de la mañana escuchó el murmullo de las ancianas que pasan a dejar el ganado. Y las vio regresar con sus cuerpos cadavéricos, cuando la primera luz del amanecer proyectaba sus frágiles siluetas como si la muerte fuera pasando por aquellos olvidados caminos.

Lunes 11:39 a.m. La sala de emergencias del hospital se había convertido en un hormiguero de hombres y mujeres de blanco, pacientes con sus familiares y por supuesto uno que otro curioso. La gente en busca de curar sus males se asomaba a la ventanilla donde la joven encargada de la admisión hacía las preguntas sobre los motivos de la consulta para escribirlos en una ficha de atención, luego pasaba al médico de turno las hojas con la lista de las dolencias.

El médico, un residente con mucha experiencia, tomó los papeles y leyó las quejas de los enfermos:

- Hace una semana tiene helado el cerebro –
- Es señorita y no le baja la regla –
- Mordedura de oreja por su cuñado –
- No se le quita el hipo –
- Borrachera crónica

Alistó sus cosas para atender a cada uno de los pacientes a los que fue llamando por sus nombres. Cuando vio el último caso, pensó que era su oportunidad para ir a almorzar. Sin embargo sus planes se alteraron ya que en ese instante un camión destartado se detuvo frente a la sala de emergencia. Entre varios hombres bajaron a una muchacha que traía envuelta la cabeza y parecía estar inconsciente. Irrumpieron estrepitosamente con la mujer sostenida por brazos y pies. Detrás venían quince parientes de la enferma, los que intentaron pasar hasta el interior pero fueron detenidos por el musculoso portero de la sala de emergencias.

Ahí se armó el alboroto.

El médico se aproximó al gentío que exigía penetrar y preguntó:

- ¿Quién es el padre o la madre?
- ¡Yo! – respondió un señor quitándose el sombrero y abriéndose paso.

El portero lo dejó entrar y el médico inició el interrogatorio de rigor.

- ¿Cómo se llama la joven? . Rosita Zapata ... ¿edad?

La información que dio el viejo no condujo a nada. La Rosita permanecía inmóvil acostada en una camilla. El galeno tomó el pulso y ordenó unos exámenes. El viejo no se separaba de la muchacha, como para evitar que se le fuera a extraviar entre tanta gente. La Rosita sintió el frío metal del estetoscopio en su pecho y apretó fuerte los ojos.

- Histeria conversiva – pensó el experimentado galeno. En seguida realizó unas maniobras para hacer reaccionar a la muchacha, quien como piedra, sólo escuchaba voces y ruidos, tratando también de imaginar lo que ocurría en el recinto.

El viejo se asustó cuando el médico presionó con vigor el pecho a su hija. ¡Nada! la niña seguía igual. Entonces le indicaron que esperara afuera.

La Rosita tenía la mente a muchos kilómetros de allí. Pensaba en Chepe Miguel, el amor de su vida. Lo había conocido en las fiestas patronales de Quezalguaque, donde la sacó a bailar y le contó que era hijo de un hacendado de Chinandega. Le regaló una cadenita de oro y esa misma noche se fueron escondidos por la bajada del río. Dejaron sus trapos sobre unas piedras y a la luz de la luna se metieron abrazados a una poza. Los dos cuerpos blancos iluminados se amaron con furia como dos prisioneros liberados. Después se siguieron viendo en el río y amándose con la misma pasión, hasta que la Rosita le contó que estaba preñada y Chepe Miguel no volvió a dar señales de vida.

Un chorro de agua fría mojó el rostro de la Rosita sacándola de sus pensamientos. El médico echó una mirada a la puerta. Quería asegurarse que los familiares no estuvieran observando sus procedimientos terapéuticos. La Rosita con la cara mojada esperaba algún desenlace. El hombre de blanco decidió sentarla en la camilla. De alguna forma tendría que reaccionar. La joven seguía con el cuerpo flojo y los ojos cerrados. Con la ayuda de la enfermera la sentaron. Un penetrante olor a ungüento invadió el salón cuando le retiraron los últimos trapos enrollados en la cabeza. Entonces la pusieron de pie, retiraron la camilla y dejaron de sujetarla. La muchacha se mecía como clavada al piso. El cabello enmarañado le ocultaba el rostro. Por unos minutos continuó balanceándose hasta que el galeno le levantó la cabeza y dijo:

- ¡Vaya! que muchacha tan bonita. – Le recogió el pelo hacia atrás, queriendo darle confianza.

Ella asomó una sonrisa y otra vez pensó en Chepe Miguel. Pensar en su amado la empujó a pensar en lo que venía creciendo entre sus carnes. El médico terminó de acomodarle el pelo y siguió diciendo frases bonitas. Ella permanecía en pie, con los ojos cerrados y su cuerpo ya comenzaba a sentirlo pesado. El doctor le limpió la cara y con un pedazo de gasa le hizo una cola en el cabello.

- ¡Muy bien! – le dijo. Ahora te ves más bonita, lástima que no querrás enseñarme tus ojos. ¿Son negros o amarillos?

Otros pacientes que eran atendidos allí seguían con curiosidad los acontecimientos.

El médico... pensativo... se decidió por el último plan. La enfermera tomó de la mano a la Rosita y la aproximó a la pared donde estaba el teléfono. Le murmuró al oído:

- Si suena el teléfono contestás, y decí que el doctor ya viene, oíste? El personal se retiró dejando a la Rosita a merced de tanta confusión. La Rosita oyó el riiiiiiiiing del teléfono. Tras las cortinas algunos espectadores estaban pendientes del final.

La muchacha abrió los ojos despacio. Los párpados le pesaban y por fin vio lo que la rodeaba. El teléfono siguió sonando hasta que el médico escuchó la voz de su paciente en el auricular:

- ¡Aaaaalooooo...! el doctor ya viene.

Entonces él le dijo despacio: - Rosita, te habla el doctor, ¿ya te sentís mejor? - ¡Siiiiii... doctor. – respondió y colgó el teléfono. Ahora le parecía un juego divertido y se había olvidado de su problema. Muy atenta, esperaba que el aparato sonara otra vez.

El médico apareció con el padre de la muchacha y dos familiares más. Encontraron a la Rosita en pie. Había despertado e intentaba mantener una sonrisa. El padre observaba a su niña ya restablecida y agradeció con insistencia al doctor, quien dio las últimas recomendaciones.

Todos salieron. La sujetaron por los brazos y le ayudaron a bajar las gradas. La Rosita se alejó con su olor a ungüento, llena de atenciones. Afuera la recibieron los otros familiares y todos se marcharon del hospital, iban alegres y sonrientes, pensando que por fin la Rosita estaba curada.

EL EXAMEN

a Marcia M.

El examen había iniciado con unos minutos de retraso. Los ojos de Laura sobre el papel avanzaban letra por letra, palabra por palabra, frases y frases sobre asuntos relacionados con la ciencia. De vez en cuando se rascaba la pantorrilla, levantaba la cabeza y miraba al profesor que la observaba desde su puesto de vigilancia allá arriba delante de la pizarra. Sus miradas se cruzaban como dos rayos de fuego; cada uno adivinando el sentimiento del otro y aparentando normalidad. Laura volvía sus ojos al papel, a concentrarse en el examen y a escribir sus respuestas.

El profesor tenía algunos meses una idea martillando su mente. Se moría de las ganas de acariciar los cabellos de Laura, a pesar que ella usaba el pelo corto, exageradamente corto. Los días de clase la esperaba ansioso. Se asomaba a la puerta del salón hasta que la miraba llegar imponente, desplegando su figura desde lejos. Traía ocultos sus ojos tras unos lentes oscuros y con el hombro sostenía el bolso lleno de cuadernos y cosas de mujeres. Saludaba al profesor con la pena de quien cree ser esperado para iniciar la clase, acto seguido se quitaba los lentes y tomaba su asiento al fondo del aula. Se posesionaba de su sitio como una guerrera que se toma una ciudad y colocaba sus libros y lápices como los cañones que se pasean por la plaza recién conquistada. Cuantas veces había soñado despierto con ella, imaginado su perfume, su aliento, su rostro al hacer el amor y el apacible golpeo de su corazón al dormir.

El examen continuaba sin novedad. Todos apurados escribiendo. El, seguía con la mirada fija en aquella extraordinaria mujer. Más tarde, se levantó y caminó por el salón hasta llegar al asiento de Laura. De nuevo sintió las ganas de acariciar su cabello. Respiró profundo y continuó con sus pasos lentos por el salón. Llegó al asiento donde se sentaba a vigilar a los alumnos y desde allí siguió contemplándola. La observó sin esperanzas, pensó que era una mujer dura, dominante, de esas que toman sin pedir, la vio tan bella y la sintió más lejos que nunca.

De repente, ella levantó la vista y descubrió sus ojos que la contemplaban, adivinó el mismo fuego que venía como una súplica de amor. Se miraron por unos instantes que se prolongaron al infinito. El gritaba en silencio:

Te amo... Te amo... sin apartar los ojos. Ella hizo a un lado el examen, se levantó sin dejar de verlo y caminó hacia él. El profesor creyó que se aproximaba un desenlace de historia de amor. Laura avanzaba lentamente. Llegó hasta él, sus labios se acercaron a sus oídos, entonces el sintió el resplandor de Laura en su rostro. Estaba a punto de desmayarse por la emoción cuando la oyó decir: ¿Profe, me da permiso de ir al baño?

EL ANGEL QUE CAYÓ EN MI CASA

Un día de invierno te vi pasar por la acera de mi casa. Ibas desarreglada – como siempre – con ese aire angelical y simple que te convierte en la única celebridad que camina sin temor por mi calle. Tu cabello color miel sobresalía entrecortado por debajo de una gorra desteñida que cubría tu cabeza y tus pensamientos. Yo estaba sentado viendo hacia la calle cuando apareció tu figura en la pantalla de la puerta y me salí a verte pasar. Tu imagen se movía en cámara lenta, llevabas una chaqueta amarrada a la cintura y unos cuadernos sostenidos por tu brazo izquierdo contra el pecho. Te miré pasar mientras el mundo jugaba a tu alrededor como mudo fantasma, quizá pasó una bicicleta en ese instante, o sonó el teléfono, o se oyó la sirena de los bomberos, mientras yo te seguía con la mirada, hasta que te perdí de vista.

Varios días estuve recordando ese momento. Pasaron las semanas y no te volví a ver. Llegué a pensar que eras una alucinación y quise borrarte de mi cerebro.

Todavía recuerdo la sorpresa de aquel lunes por la mañana, cuando al salir del baño, todo mojado y en toalla, te vi sentada en la sala de mi casa conversando con mi hija, hablando cosas de la juventud supongo. Me diste un saludo que me estremeció el alma, fue como una palmada en los oídos que me decía con voz de trueno: ¡Aquí está tu ángel!

En los días siguientes te encontraba de nuevo en mi casa y siempre me saludabas ofreciéndome tus mejillas rosadas para que yo depositara un beso. ¡Qué lejos estabas de imaginar lo que ocurría en mi corazón! Así llegabas y te ibas. Te ibas y llegabas de nuevo. ¿Nunca notaste como te miraban mis ojos cuando se encontraban con los tuyos?

Pronto empecé a acostumbrarme a tu presencia, a tu voz, a tu risa, y a fingir que no pasaba nada, aunque siempre cerraba los ojos cuando presto besaba tu mejilla en el saludo cotidiano. Algún día te entregaré estas palabras fugitivas que he estado guardando para ti. Para que te des cuenta que este señor respetable apagó terriblemente las ganas de regalarte una caricia y besarte los labios, y te sonrió estúpidamente para que no huyeras asustada y así pudieras regresar siempre con tu ingenuo saludo que ponía a vibrar mis sentidos, que le daba vida a esta rutina inevitable que me obliga todas las tardes a estar pendiente de la puerta para que tú aparezcas de nuevo con tu sonrisa mágica. Así me asomo a diario, a pesar que ya pasaron trece años, seis meses y tres días.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Víctor apretó con fuerza el acelerador pues quería llegar pronto a la tertulia con sus amigos en el Benny Bar. Un semáforo inoportuno lo detuvo bruscamente. Mientras esperaba la luz verde se imaginaba a sus amigos departiendo alegremente en su bar favorito. Los veía poniendo canciones rancheras en la roconola o cantando con esos tríos que recorren los bares cada noche. El ruido de un claxon lo obligó a acelerar de nuevo. Debía mantener la velocidad que le permitían los autos de atrás y adelante. Apagó la radio pues empezaban a fastidiarle los villancicos. Respiró hondo y continuó conduciendo, ya estaba por llegar cuando escuchó el tono de su teléfono móvil, pensó que eran sus amigos que demandaban su presencia. No contestó. Probablemente era el único que faltaba. Frente a él apareció el rótulo brillante del Benny Bar. Se fue acercando poco a poco hasta identificar los carros de sus amigos estacionados a la orilla de la carretera. Buscó un sitio donde aparcarse, por fin había llegado. Giró la llave para apagar el carro y salió del mismo. Fue entonces cuando una mujer joven y hermosa se le acercó. Llevaba una cerveza en la mano y vestía un atuendo blanco que hacía juego con la noche. “¡Hola doctor! – le dijo sonriendo. Víctor quedó impresionado con la belleza de la joven. ¿Cómo te llamas? Le preguntó. La muchacha se acercó mucho más y le susurró al oído: Me llamo Virginia, doctor. ¿Ya no se acuerda de mí? Sintió un calor extraño con la proximidad de la mujer. Al tenerla cerca observó un lunar solitario en su frente. Se quedó sin palabras. – Doctor, ¿no se acuerda de mí? Víctor estaba consciente de haber visto antes ese lunar, esos ojos, ese rostro.

Su mente se trasladó muchos años atrás. Empezó a recordar. Ahí estaba él, la misma ciudad, el mismo bar. Se vio con menos años, más delgado. Le acompañaba su viejo amigo José Luis y eran atendidos por una mujer blanca que les sonreía cada vez que se acercaba a la mesa. El amigo de Víctor había ido al baño cuando la mesera se acercó de nuevo.

- Óigame doctor, quiero decirle una cosa.
- Ajá, dígame.

La mujer agarró varias botellas vacías para retirarlas de la mesa. Usted, mi querido doctor, olvídense que ha consumido esto, ¿Está bien? Está bien, le contestó obediente. La mujer se retiró llevando las botellas que ya no serían pagadas. Cuando José Luis regresó vio a su amigo pensativo.

¿Por qué razón la mesera estaba obsequiándoles esos tragos? Entre los dos plantearon varias hipótesis que continuarían en el misterio si no se atrevía a preguntar a la amable mujer que iba de un lado a otro. – Pero... ¿te fijaste que te dijo doctor? Agregó José Luis. Si, es cierto. Debe ser alguna paciente agradecida. Esa era la razón más probable y decidieron preguntar en la próxima venida de la mujer. La roconola sonaba una canción de Barrabás, Children, children, children. Al fondo del bar un ruidoso grupo de chavales parecía celebrar algo. Levantaban sus vasos y brindaban por la Revolución. Todos eran reclutas del servicio militar y partirían a la zona de guerra en unos días. La incertidumbre del regreso los obligaba a festejar como si fuera la última parranda.

¿Otra botella, doctor? La mesera estaba ahí, de frente, amable y solícita. En vez de una respuesta Víctor la interrogó sobre el obsequio de los tragos. Mire, le dijo ella. Acercándose para que nadie más la oyera. Hace ocho meses Usted me atendió el parto en el hospital, fue un parto difícil pero al final todo salió bien. Tuve una niña que pesó seis libras, Usted se debe acordar porque nació con un lunar en la frente y desde que nació ya se estaba chupando el dedo. Víctor fingió recordar todos los detalles. Para ponerle más emoción a la plática preguntó por la criatura. Mi niña está bien sanita doctor, gracias a Dios. Entonces ya sabe pues. Solicitaron la cuenta y Víctor agradeció el gesto de retirarles las botellas.

Cinco años más tarde de aquel encuentro, la mesera dejó de trabajar en el bar. Un día caluroso de abril la encontró por el mercado, ahora se dedicaba a vender bisuterías. La mujer se aproximó, le acompañaba una niña a quien sujetaba de una de sus manitas. Doctor, doctor, dijo con alegría, esta es mi niña, la que nació en el hospital. ¿Ahora si se acuerda verdad? Margarita, salude al doctor. Víctor le acarició el cabello y le extendió la mano. Observó el lunar en la frente de la niña, preguntó si iba a la escuela, si tenía todas sus vacunas y esas cosas que preguntan los médicos. Se despidió de ambas y siguió caminando sin rumbo.

Al año siguiente el país se puso de fiesta con la primera mujer presidente en toda la historia. Era una época de cambios, sin guerra, sin servicio militar y con supermercados abastecidos. Mucha gente regresaba a casa después del exilio obligatorio. Víctor continuó trabajando en el hospital, caminando a diario de su casa al trabajo. En una ciudad tan pequeña podía darse el lujo de ir a pie y saludar a los amigos en el trayecto de las seis de la tarde. Era en esas caminatas vespertinas que solía encontrar a la mujer de las bisuterías, acompañada siempre de su hija, quien ahora rondaba los dieciséis años.

Siempre había un saludo afectuoso para él.

Con el paso de los años, Víctor se percató de la ausencia de la vendedora y de su hija. No se las encontró de nuevo entre el bullicio del área comercial de la ciudad. Eran tiempos de buscar suerte en los países vecinos y esa podría ser la explicación. El país entero siguió su rumbo cotidiano entre pobreza, corrupción y desesperanza.

Los recuerdos cesaron. Era el año 2004 y los compañeros de trabajo de Víctor iban a celebrar la noche buena. Como siempre, él fue el último en llegar.

El teléfono volvió a repicar, pero su dueño seguía contemplando ese rostro con lunar en la frente. De nuevo preguntó su nombre. – Ya le dije doctor, me llamo Virginia. Que le parece si Usted y yo nos perdemos por ahí y damos rienda suelta a los deseos y...

- ¡Un momento! – la interrumpió Víctor alarmado. ¿Me estás ofreciendo sexo por dinero? ¿Es eso?

- ¡Ay no! Eso suena muy feo. Le advirtió. Digamos que yo me porto complaciente con Usted y Usted me da un premio.

Por la cabeza de Víctor pasaron muchos pensamientos. Mientras la muchacha hablaba, él quería encontrar desesperadamente el papel más adecuado para las circunstancias. ¿Qué sentía en esos momentos? ¿Vergüenza? ¿Lástima? ¿Sería capaz de actuar como un familiar indignado que descubre la profesión de su pariente? ¿O podría ceder, a su edad, ante el fuego y la pasión que aquella chica cargaba por dentro? Sintió oleadas de una fuerte fragancia con cada uno de sus movimientos. Observó los pronunciados contornos de su cuerpo y su cabello siendo acariciado por el viento suave de la noche. De golpe cayó sobre su cerebro una avalancha de imágenes en las que estaba él, muy joven, atendiendo el parto, la niña del lunar asida de la mano de su madre y los saludos al pasar por el mercado. Ella seguía insinuando con insistencia el encuentro pasional que le trastocaba los sentidos. Se apartó fingiendo una falta de interés que estaba lejos de sentir. Improvisó una excusa ridícula, en medio de un mar de confusión y caminó por fin en dirección a la entrada del bar. Virginia permaneció en el mismo sitio, como esperando un cambio de opinión. Se quedó allí inmóvil, mirando hacia la puerta sin percatarse que el viento seguía entretenido con su cabello.

Víctor fue recibido con una ovación, como se recibe a quien será el alma de la fiesta. Tomó asiento y se disculpó por la tardanza. Apuró los tragos tratando de desconectarse del encuentro reciente. Los amigos notaron algunas de sus ausencias cuando quedaba a merced de sus pensamientos. Continuó apurando los tragos. Por dentro libraba una batalla entre el espíritu y la carne. A cada instante recordaba que la chica permanecía allá afuera, entre el grupo de mujeres que buscaban clientes en la carretera. Quiso escapar de allí. Luego desistió. Llegó a la conclusión que los tragos lo empujaban a los brazos de la mujer. Finalmente dijo a sus amigos que ya regresaba y salió del bar. Fue a buscarla, preguntó por ella. Alguien le señaló el otro lado de la carretera. Ahí estaba. La vio subiendo al auto de un cliente y alejarse hasta desaparecer. Sintió rabia. ¿Qué más podía hacer? Todavía percibió el último aliento de su aroma en el aire. Volvió sobre sus pasos en la noche iluminada, levantó su cabeza hacia el firmamento y se dio cuenta que le hacía falta esa tristeza para hallarle la belleza a la luna.

Se detuvo en la puerta del bar y supo que nunca olvidaría ese reencuentro con la muchacha del lunar, a quien vio cuando llegaba al mundo y la miraba ahora perderse en la noche ... veinte años después.

Sept/2009

Cada vez que viajo a Honduras y me toca dormir en Tegucigalpa, acostumbro ir a cenar a un lugar abierto donde sirven un buen asado y cervezas. La cocina está en la acera y muchos vehículos paran con el fin de llevarse un asado sin que nadie tenga que bajar del auto. Siempre hay mucho movimiento. Un buen día que estaba en ese lugar empecé a fijarme en el personal de aquel negocio. Había un muchacho fornido de sonrisa socarrona al estilo Elvis, se encargaba de poner la carne sobre el fuego e ir sacando la que estaba lista, tenía una destreza particular, además llevaba una camiseta ajustada que le resaltaba los bíceps, en uno de ellos se asomaba el tatuaje de un dragón. Frente a la caja registradora estaba una mujer que casi rayaba los cuarenta, sobriamente arreglada para estar en esos menesteres, lucía un cuerpo delgado que aún lograba arrancar suspiros masculinos. Me llamó la atención las miradas entre Elvis y la señora, había un lenguaje sensual que fluía entre ambos, una mirada, una sonrisa, y la carne que se retorció entre las brasas. Eran señales clandestinas que ellos mismos habían creado desde hacía tiempo, o al menos eso me estaba imaginando yo. Del fondo apareció otro personaje, era un viejo setentón que me recordaba a Woody Allen. Llegó despacio y se acercó a la mujer, le dijo algo al oído. Algún reclamo, pensaba yo. Luego fue a hacer una ronda entre los clientes que degustaban los asados, posiblemente queriendo averiguar si estaban siendo bien atendidos. El viejo Woody volvió a donde estaba la mujer en la caja y le dijo algo más mientras apuntaba al muchacho que movía las carnes. Regresó entonces al interior del negocio. Las miradas sensuales bajaron de intensidad. Yo empecé a creer que estaba en lo cierto. Deben ser amantes y el viejo sospecha algo. Como ya había terminado de comer pedí la última cerveza y la cuenta. Me alejé del lugar.

Mientras regresaba al hotel me prometía a mi mismo que debía escribir un relato sobre lo que había percibido esa noche. Al día siguiente mientras viajaba a Nicaragua, fui elaborando la estructura del relato, hasta escribí unas notas al reverso del boleto y lo guardé en mi cartera.

El tiempo fue pasando y nunca retomé mi promesa de escribir aquella historia. Quizá porque debía agregar algún argumento que no existía o porque a lo que tenía hasta ahora le faltaba una trama y un desenlace. Había pasado más de un año cuando regresé a Tegucigalpa. No podía desaprovechar esa oportunidad para saborear de nuevo aquel maravilloso asado y me dirigí

con el mismo entusiasmo al sitio. Fui a sentarme a la mesa de costumbre. En ese momento recordé que había dejado aquella historia por escribir en el olvido. Busqué con la vista a los personajes de mi relato. Elvis no estaba, en su lugar otro muchacho acomodaba los trozos de carne. Que habrá pasado pensé. Antes de adelantar alguna hipótesis me percaté que el viejo Woody tampoco se encontraba. Mi mente empezó a trabajar en varias direcciones. Fue entonces que observé algo que me dejó perplejo. La mujer elegante, siempre al pie de la caja, vestía un traje de negro. Apuré el resto de la cerveza de un solo trago. Seguí pensando en todas las probabilidades de lo que allí hubiera ocurrido. Pedí otra cerveza y puse todas las hipótesis sobre la mesa. Después de un rato, no me resultó agradable estar forzando todas las posibles ideas de lo que más tarde podría escribir como el final de este relato. Pedí la cuenta y me fui al hotel con la seguridad de saber que jamás me daría cuenta que ocurrió realmente en esta historia.

ADEFESIO

Cuando la mujer entró a la casa el anciano ya la estaba esperando. Pasó directo hasta el cuarto mientras el viejo se asomaba a la puerta a ver si alguien la había visto entrar. Sólo vio la desolación de las tres de la tarde. Cerró. La emoción ya le recorría por todo su arrugado cuerpo. Ella le exigió el dinero por adelantado, entonces él sacó unos billetes de un envoltorio y se los extendió. Cuando confirmó que todo estaba bien, con furia reprimida se quitó los trapos y quedó de pie esperando la iniciativa del viejo. Vio acercarse las manos temblorosas hasta sus pechos y luego sintió el contacto de aquel adefesio, su respiración dificultosa y el olor a rancio que salía de su transpiración y que estaba por toda la casa. Tuvo náuseas. El anciano la llevó a la cama y le hizo todo lo que podía hacer a esas alturas. Ella quedó petrificada con los ojos fijos en el techo. Pensaba en la solución de su problema y en otras cosas para engañar la mente. Cuando se percató, el viejo estaba inmóvil. Lo hizo a un lado y se vistió. Tomó el dinero, miró alrededor, se acomodó el pelo y se marchó. A esa hora un rayo de sol se filtraba por el techo iluminando las pupilas rígidas del viejo, quien lucía apacible, desnudo y satisfecho.

SUICIDIO EN LA HABANA

El viejo Wilford entró a su antigua y bien ordenada oficina. Echó el último vistazo a sus cosas. Se asomó por la ventana y notó que los empleados empezaban a llegar. Eran las siete menos cinco. Buscó la soga en uno de los cajones y procedió a colgarse. Fue hasta dos horas después que lo hallaron colgado y rígido. Sus gruesos lentes se habían hecho pedazos al caer contra el piso. De todas las dependencias llegaba la gente planteando diversas hipótesis del suicidio. La policía tardó en llegar. El cadáver seguía colgado con sus ojos abiertos mirando a los curiosos. De los familiares únicamente llegó su padre, quien no expresó una sola mueca de dolor. Se sostenía con un bastón con el cual golpeaba el piso con insistencia y furia. Los detectives llegaron y procedieron a bajar el cuerpo de Wilford. Su padre tomó las pertenencias e indicó donde debían llevar al muerto después de las investigaciones de rutina. Antes de marcharse dijo en voz alta y con el pecho lleno de rabia:

- ¡Lo que no le perdono... es que un comunista no se suicida, coño! –

coño!

